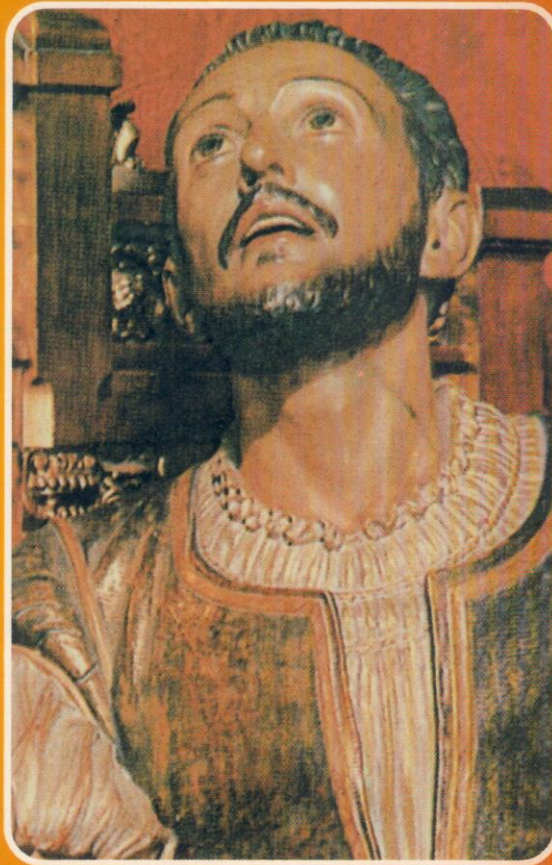


Pedro Galdos Zuazua, s.j.

Vida de San Ignacio de Loyola



Textos transcritos de la Primera Parte del libro “Vida de Ignacio de Loyola – Los Jesuitas en América”, del P. Pedro Galdos Zuazua, S.J., publicado por Ediciones S.A. Educación y Cultura Religiosa, Caracas, 1995. Para uso como lectura de apoyo en el Programa de Formación Humano- Cristiana ACSI-CERPE. Las imágenes son tomadas de dicha publicación.

INTRODUCCIÓN

Íñigo de Loyola, fue un hombre de grandes ideales y de importantes realizaciones. Fue un organizador e innovador extraordinario. Fue un líder nato, que supo rodearse de hombres de primera calidad. Fue un hombre de carácter, que llegó a soportar dos operaciones sin dar más muestras de dolor, que apretar los puños.

Los que Le conocieron de cerca subrayan sobre todo su grandeza de espíritu, su tenacidad, su fortaleza en las contrariedades y su eficacia en las empresas que se proponía.

Tenía un gran don de consejo. Su ternura y amabilidad con los enfermos y con las personas angustiadas y tristes fue muy grande. Su sensibilidad y dedicación a los pobres y marginados de la sociedad fue constante a través de su vida. Admiraba profundamente a la naturaleza.

Ignacio de Loyola dejó tras de sí, dos obras duraderas sólidamente fundamentadas: La Compañía de Jesús con sus obras e instituciones y su experiencia espiritual en el libro de Los Ejercicios Espirituales.

Su vida fue una búsqueda continua de la voluntad de Dios y su gran pasión fue conocer, amar y seguir a Cristo y entregar a este Cristo a los hombres de cualquier parte del mundo.

Íñigo de Loyola fue hombre que supo entender su tiempo con perspectivas de futuro, abrió nuevos caminos para la Iglesia y para la humanidad. Supo encarnarse en la historia de su tiempo.

Joven, tú tienes hambre de autenticidad; muchas veces se te presentan ídolos, que lejos de constituirse en modelos de vida, fomentan en la juventud actitudes y comportamientos destructivos; hoy te presento a este hombre auténtico llamado Ignacio de Loyola, que asumió la vida de Jesús e impulsado por el espíritu del Evangelio, transformó al hombre y a la sociedad.

Veamos paso a paso la vida apasionante de un hombre y de un santo. Conozcamos sus huellas de generosidad y de entrega, sus huellas de amor a Dios y de servicio al hombre.

CAPÍTULO I

LA CASA PATERNA: LOYOLA (1491 – 1506)

Todo es evolución, novedad y lucha en Europa cuando nace Íñigo López de Loyola en la Casa-Torre de Loyola, situada en el País Vasco de España, en el año 1491.

Es el hijo menor de Beltrán de Loyola y de su esposa Marina de Licona. Es bautizado en la Parroquia de Azpeitia por el Padre Juan de Zabala. Los Loyola pertenecen a una de las familias más nobles y ricas de la región.

Íñigo, junto a sus cinco hermanos y siete hermanas, crece en el seno de una familia orgullosa de su pasado, porque los Loyola se habían destacado por su espíritu combativo y su fidelidad al Rey. Dos de sus hermanos mayores murieron en Nápoles defendiendo los Intereses de la corona española.

Un año después del nacimiento de Íñigo, Cristóbal Colón descubría las nuevas tierras de América, en 1492. Empezaba una época de cambios profundos, grandes descubrimientos e invenciones. La Edad Media terminaba y comenzaba el Renacimiento.

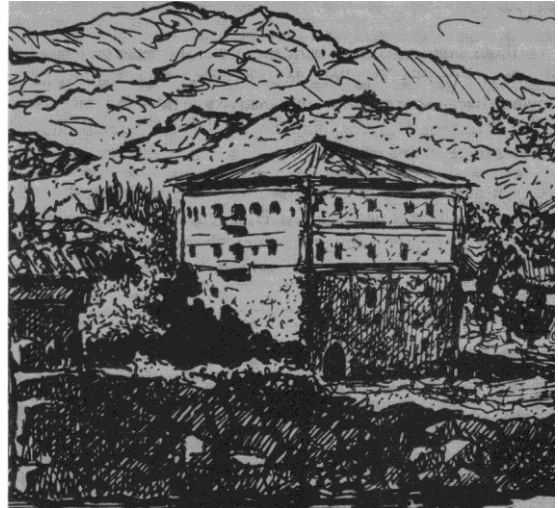
Huérfano de Madre

Íñigo pierde a muy temprana edad a su madre, Doña Marina. Es cuidado y alimentado por su nodriza del caserío de Eguibar. Cerca de la Casa-Torre está la ermita de la Virgen de Olatz, donde el niño aprende el Ave María y la Salve. Su cuñada, Doña Magdalena de Araoz, casada en 1498 con Martín de Loyola, el segundo de los hermanos mayores, hace las veces de madre del muchacho.

Íñigo, El Saltarín

Íñigo iba creciendo y correteando por el valle y las laderas de su más bella montaña, el Izarráitz. En el verano nadaba con sus amigos en los cristalinos pozos del río Urola. Pasó su niñez bajo el cuidado de sus familiares y de un maestro que le enseñó las primeras letras.

Al ágil saltarín de Loyola le gustaba participar en las danzas y bailes populares al son de los instrumentos típicos de la región, y disfrutaba recibiendo los aplausos de los espectadores en las plazas de Azpeitia y Azcoitia, pueblos vecinos de Loyola.



En la casa de los Loyola se impartía una educación profunda mente religiosa, pero en lo moral llegaron a sus conocimientos ciertos escándalos de algún miembro de la familia que no eran los mejores ejemplos para un niño de su edad.

Eran frecuentes en aquella época ciertas libertades como el adulterio, el tener amantes y queridas y por lo tanto, un hijo natural era bien recibido en la familia y se mezclaba con los legítimos sin escándalo de nadie.

El bienestar reinaba en aquella familia tan numerosa. Vivían del campo: trigo, hortalizas, manzanas, vacas y ovejas. Pero sobre todo vivían de las rentas de las posesiones que tenían en diversos pueblos: Zumaya, Urrestilla, Beizama y San Sebastián de Soreasu. Ciertamente los Loyola eran ricos y poderosos en aquella región de Guipúzcoa pero estaban muy lejos de poseer las grandes fortunas de los señores de Pamplona, Haro o Tudela.

Juventud de Íñigo

Arévalo (1506 – 1517) Educación cortesana

Su padre le envía a la Villa de Arévalo en Castilla, para que se educara como correspondía a su linaje en casa del Tesorero Mayor de los Reyes Católicos, Don Juan Velázquez de Cuéllar, pariente de los Loyola por parte de su esposa Doña María de Velazco.

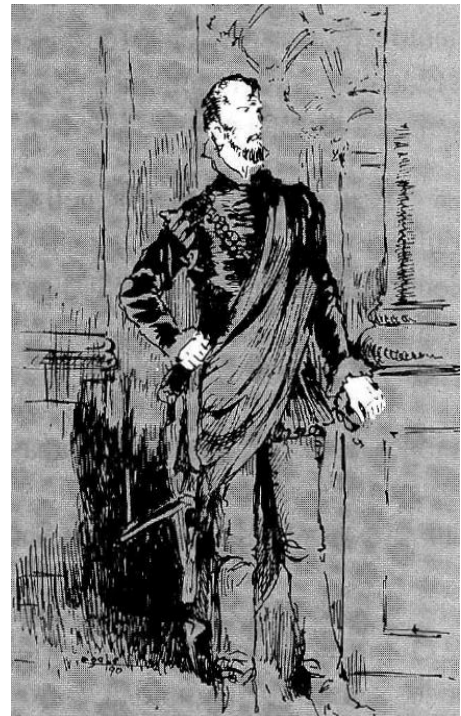
Íñigo acompañaba a su señor en los viajes que éste hacía a la Corte Real, en sus residencias de Valladolid, medina del Campo, Segovia... En este tiempo muere también su padre en Loyola.

Íñigo pronto destaca entre sus compañeros por su habilidad en el manejo de espadas, floretes, armas y en el ejercicio de la caza. Es alumno sobresaliente en las clases de escritura, como hábil en el canto y en la música.

Pero, en verdad, más le importa jugar a los naipes, andar en revueltas de armas, cuidar su ondulada cabellera rubia, esgrimir la lanza y galantear a las muchachas de las cortes españolas. Íñigo siente especial inclinación, según parece, por la infanta Catalina, la hermana menor del emperador Carlos V. Sus ambiciones siempre eran grandes.

Nájera (1517- 1521)

Veinticinco años en flor y un futuro de ensueños tenía Íñigo ante sus ojos, cuando vino a posarse sobre él la primera gran desilusión. El Rey sustituye a su protector Juan de Velázquez quien muere en Madrid triste y abandonado en 1517.



Íñigo encontró en el Virrey de Navarra y Duque de Nájera, Antonio Manrique de Nájera, al señor a quien iba a servir y defender sus intereses. El Duque, fiel al Emperador, sale con sus tropas en 1520. Íñigo, espada en mano, asalta la Fortaleza de Nájera que se había sublevado contra el Duque y el Emperador. Íñigo sale victorioso en Nájera y en algunas villas guipuzcoanas.

¿Cómo era Íñigo en su juventud?

Era, como dicen algunos de sus compañeros, un joven que triunfaba en todo, metido en todas las vanidades de la época, hábil galán en travesuras juveniles, un joven elegante, amigo de galas y fiestas, amigo de parecer bien y de ganar honra.

Un día, en Pamplona, corrió espada en mano, calle abajo contra una multitud, porque no le habían guardado las debidas consideraciones a su rango de Caballero, y fue apresado.

Después, él mismo dirá que "si no le hubieran detenido, de seguro que matara a alguno de ellos o le hubieran matado a él".

No obstante, se hacía querer de todos, porque era valiente, muy animoso para emprender cosas grandes, muy noble y generoso. Era muy apreciado por las doncellas y damas de Nájera y de Pamplona. Pero llevaba una vida desordenada, llena de miserias humanas y de pecados.

En los años de Arévalo y Nájera, acabó de formarse en su alma, aquel fondo de cortesía y de trato amable, iniciado ya junto a sus padres en la Casa-Torre de Loyola, que se manifestó después en las cartas escritas por Ignacio al Duque de Gandía, al Rey de Portugal, Juan III y a los obispos y príncipes de toda Europa.

También aquí consiguió el modo hábil e inteligente de tratar y conversar con la gente, que después tanto bien le traería para su apostolado.

Aunque se sabe que Íñigo desde Nájera intervino con toda su valentía en algunas batallas en la Provincia de Guipúzcoa, también se sabe que tuvo mayor predisposición y tendencia, hacia las artes diplomáticas y el manejo de los corazones.

Pues Íñigo fue también enviado por el Virrey de Navarra a apaciguar la provincia de Guipúzcoa que estaba dividida y tuvo tanto éxito su modo de proceder que los dejó en armonía y en paz, gracias a sus palabras y razonamientos.

CAPÍTULO II

DEFENSOR DE LA PLAZA FUERTE DE PAMPLONA (1521)

SU CONVERSIÓN

En España había guerras internas. El Rey francés Francisco I aprovechó esta circunstancia y la excusa de defender los derechos del pretendiente Enrique de Albret para invadir Navarra, El Virrey Duque de Nájera avisó al Emperador Carlos V, pero no le enviaron fuerzas militares.

Los franceses venían con 12.000 soldados, 600 lanceros y 29 piezas de artillería y cañones. El Caballero de Loyola corre a Pamplona con tropas guipuzcoanas y entra en la ciudad de Pamplona. Los demás oficiales le dicen a Íñigo que es mejor rendirse.

“Por nuestro honor y nuestra lealtad al Emperador, no nos podemos rendir” – dice Íñigo.

El Alcalde de Pamplona le contesta: “¿No ve que son más en número y mejores en arte militar? ¿Es que usted quiere que todos muramos?”

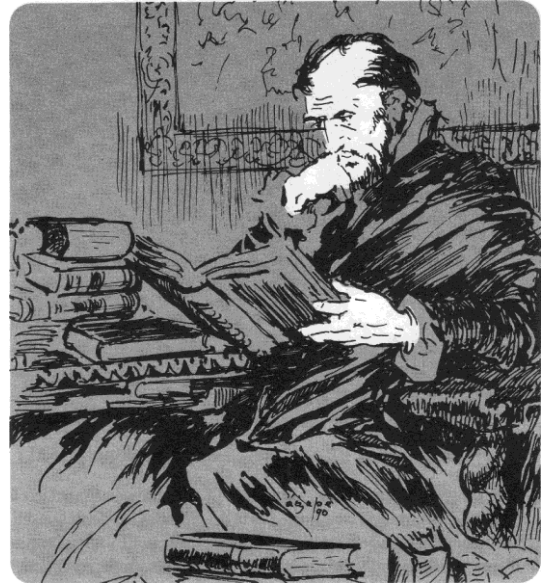
- ¡“Un hijo de Loyola no conoce la rendición”!

Los franceses eran comandos por el Capitán André de Foix. Comienza el bombardeo de la artillería francesa. Nuestro héroe pelea con bravura, animando a los demás con su ejemplo y con sus enardecidas palabras de ánimo y entusiasmo.

Íñigo grita: “¡Adelante! ¡La victoria es de los que luchan!”, “¡Arriba siempre!”, “¡Honor a los valientes!”

Una bala de cañón le rompe la pierna derecha y le hiere la pierna izquierda. Íñigo cae ensangrentado. Ya su voz no se escucha. Es el 20 de mayo de 1521, lunes de Pentecostés.

Caído el Caballero de Loyola, los sitiados desanimados se rinden de inmediato a los franceses. El vencedor André de Foix, al ver la nobleza y el valor de Íñigo, fue muy gentil con él, pues lo saludó y él mismo mandó que le curaran la pierna y que le enviaran a la Casa-Torre de Loyola.



Tortura en las operaciones en Loyola

Llegado a Loyola, la herida empeoraba y los cirujanos optaron por una nueva operación, ya que la primera había sido deficiente. Íñigo aguantó sin proferir queja, pero la salud del enfermo se deterioró y estuvo al borde de la muerte, en vísperas del día de San Pedro.

Recobradas las fuerzas, Íñigo notó que debajo de la rodilla le cabalgaba un hueso sobre otro hueso y la pierna le quedaba corta.

Íñigo les dice a los cirujanos: "Esto no puede ser, quiero que me aserren el hueso y me hagan otra operación, para que se me ajusten bien las botas". Los médicos le contestan: "Los dolores ser atroces, será todo un tormento para usted". Íñigo les contesta: "No importa, quedaré bien, pues no estoy dispuesto a hacer el ridículo en los torneos y en las fiestas cortesanas".

Íñigo aguantó todo, apretando fuertemente los dientes, sin ningún grito, apretando también los puños. Su fuerza de voluntad y su carácter eran indomables.

La Convalecencia

Para no aburrirse en la larga convalecencia, Íñigo pidió que le trajeran libros de Caballería, que eran los libros que trataban sobre hazañas y empresas llevadas a cabo por militares y caballeros en defensa de alguna bella mujer. Eran las novelas que en aquel tiempo estaban de moda.

Su cuñada Magdalena de Araoz, le dice: "Mire, Íñigo, no tenemos ninguna novela de esas". Íñigo le contesta: "Busque bien, ¿no ve que estoy muy aburrido?" Magdalena le replica: "He buscado bien, no hay sino una Vida de Cristo y unos libros sobre la vida de los Santos".

Ciertamente que estos libros no correspondían a sus gustos, pero a falta de otra cosa, comenzó a leerlos y notó que ejercían en su alma una saludable e inesperada impresión.

¡La Conversión!

Íñigo, siempre inclinado a las difíciles empresas y nuevas conquistas, veía abrirse ante sus ojos un mundo de héroes desconocidos hasta aquel momento. Se le oía exclamar: "¿Por qué no he de hacer lo que hicieron los santos?" "Si Santo Domingo hizo esto, pues yo lo he de hacer". Si San Francisco de Asís hizo esto, pues yo lo he de hacer".

Pero apenas cerraba el libro, le venían de nuevo las ideas de hazañas, fantasías y vanidades por conquistar a "aquella dama" no de vulgar nobleza, ni condesa, ni duquesa, su estado era más alto que ninguno de estos, era una princesa.

Íñigo al comparar esta diversidad de sentimientos observó que sus fantasías sobre gloriosas hazañas militares y sus imaginadas aventuras de amores y amoríos le dejaban triste y vacío... y en cambio las ideas de imitación de los santos le llenaban de consuelo y alegría.

Fueron momentos de "pensar profundo", días de "reflexionar y sacar provecho". Hasta que al fin vino el propósito firme, una resolución como sabía hacerlo aquella indomable voluntad del hijo de Loyola.

Una noche se postró de rodillas ante la Imagen de la Virgen y prometió renunciar a sus antiguas vanidades. Fue una conversión radical, integral, definitiva.

Su primer pensamiento era ir a Jerusalén en peregrinación, quiere conocer la tierra de Jesús, reza, pide a Dios que le ilumine. Mira al cielo estrellado y repite: "Cuán baja me parece la tierra, cuando miro al cielo". Quiere ir a Jerusalén para servir a Jesús, llorar por sus grandes pecados, y si es necesario, padecer allí el martirio por El.

Íñigo no fue militar de profesión, sino caballero

Es un error histórico considerar a Íñigo de Loyola como militar de oficio. Ciertamente que entendía de armas y participaba en torneos. También es verdad que varios de sus hermanos pelearon en las guerras de Italia. Es cierto que Íñigo defendió con armas a Nájera y a Pamplona, pero esto era por su vinculación familiar con el Virrey de Navarra.

Los oficiales y los soldados cobraban sueldos como militares que eran; Íñigo, no. El acude a defender la Plaza-Fuerte de Pamplona, a petición del Virrey y por lealtad al Rey, no porque estuviera afiliado al Ejército como soldado, sino que su espíritu de caballero le llevaba a participar en estos eventos de defensa de estas ciudades, por sentido de honor y de amistad, de fidelidad y de lealtad.

¿Conversión hoy?

Íñigo ha roto conscientemente con su vida pasada, de honores y de placeres, de egoísmos y de arrogancias, busca una nueva Vida.

¿Qué te dice este hecho de la conversión de Íñigo? ¿Ese deseo de buscar un nuevo proyecto de vida? ¿Este cambio radical? ¿Hacia dónde te orientas? ¿Dónde están tus intereses? ¿Eres capaz de ser libre ante las invitaciones de una sociedad corrompida que te propone los ídolos falsos del dinero, de la vida fácil, de la diversión como objetivo fundamental de la juventud? ¿Puedes romper el egoísmo y el individualismo tan feroz que te rodea?

¿Eres capaz de tener el coraje y la valentía de Íñigo de Loyola? ¿Eres capaz de dejar que Dios entre en tu corazón? ¿Puedes tener ideales de generosidad, de entrega a los demás? ¿Puedes luchar por la paz y la hermandad de los hombres? ¿Ser voz de los que no tienen voz? ¿Es posible en ti una conversión?

Íñigo te invita a pensar. Decídete. Atrévete. No tengas miedo.

CAPÍTULO III

EL PEREGRINO

LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES

El Peregrino (1522)

Íñigo se siente bien de salud y ya camina mejor. Se presenta a su hermano mayor Martín y le dice: "Mañana marcharé para el Santuario de Aránzazu, y haré una noche de oración y después iré a Navarrete".

Martín le contesta: "No estoy de acuerdo con esos nuevos planes que tienes de tu vida, pero ya tienes edad, y creo que lo has pensado bien". Ignacio le replica: "No te inquietes, que Dios me ayudará".

Martín algo más confiado le contesta: "Bueno, te doy la mejor mula de la casa y que te acompañen dos escuderos" Andrés de Larraiz y Juan de Landeta".

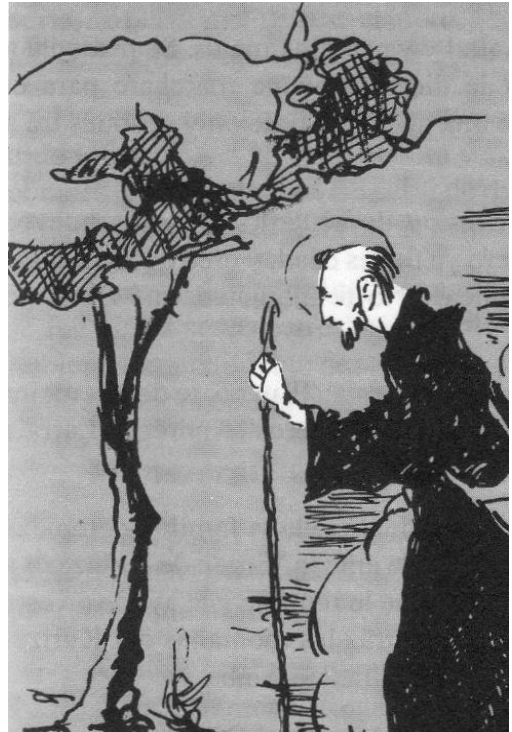
Al día siguiente Íñigo se despide de toda la familia y empieza la nueva Vida de peregrino. Se arrodilla ante la Virgen de Aránzazu y le pide a la Virgen de Aloña-mendi que le ilumine y le ayude en esta nueva aventura que comienza. Deja atrás las montañas del Kurtzeberri y del Aitzgorri y entra en las llanuras de Alaba.

Va a Navarrete para despedirse del Duque de Nájera, su antiguo protector. Allí se separa de sus dos criados y solo, montado en su mula, se dirige en peregrinación a Nuestra Señora de Monserrat.

Una alegría cristiana le llena su alma, medita en sacrificios y penitencias, peregrinaciones y hazañas por Cristo y con afán de olvidar su vida de pecado, diariamente tortura su cuerpo con azotes.

Encuentro con el Moro

Caminando cerca de Pedrola, encontró a un moro, caballero en su mula y entablan conversación. El moro le dice: ¿"Usted es cristiano?" Íñigo le contesta: "Sí, por la gracia de Dios". El moro: ¿O sea que usted cree que María no perdió su virginidad al dar a luz a Jesús?



Íñigo algo enfadado le contesta: "María es Virgen y madre al mismo tiempo y mantuvo siempre su virginidad". El moro le replica riéndose: "Ja, ja, jaaa..." Íñigo con voz fuerte le dice: "Por favor, no se ría, no blasfeme". En eso el moro, que llevaba más prisa, se adelantó tan veloz que Íñigo le perdió de vista.

Entonces empezó a sentir dudas y pesar por si no había defendido lo bastante a Nuestra Señora y si no convenía arremeter contra el moro a puñaladas. Al fin salió de dudas dejando que la mula, con la rienda suelta, escogiera por sí la dirección en un cruce del camino.

La mula dejando el camino ancho y llano, por donde iba el moro, se fue por la senda estrecha. Así Dios protegió a Íñigo para que no hubiera derramamiento de sangre. Su antiguo ardor bélico y generoso se dirige ahora contra sí y contra los enemigos de la fe.

Montserrat: vela de armas

A los pocos días Íñigo contempló con alegría las crestas de la santa montaña de Montserrat. El 21 de marzo de 1522, llegaba a las puertas del monasterio.

Aquí se confiesa durante tres días con el monje benedictino, Padre Juan Chamons. Regala su mula al monasterio y cuelga su espada y la daga ante el altar de la Virgen.

El 24 de marzo llama a un pobre andrajoso y le da sus ricos vestidos y se viste con una túnica de cáñamo, una cuerda por ceñidor y unas alpargatas de esparto. Con estas "galas" pasa la noche del 24 al 25 de marzo, día de la Anunciación de Nuestra Señora, al pie del altar de la Virgen, recordando la costumbre de velar las armas, como hacían los caballeros medievales.

Allí mismo por amor a Dios, Íñigo hace voto de castidad, es decir, renunciar al amor humano en el matrimonio para dedicarse plenamente al servicio de Dios y a la salvación de los hombres.

Manresa: vive en una cueva (1522-1523)

Se hospeda al llegar a Manresa en el hospital de Santa Lucía por recomendación de la señora Inés Pascual. Ella se encarga de la alimentación. Pasa muchas horas en la ermita de Viladordis. Pero enseguida va a vivir a una cueva, cerca del río Cardoner. Es su sitio preferido para hacer con paz su oración y meditación.

Mal formado todavía en las cosas espirituales, Íñigo se imagina que toda la santidad está en la penitencia y en la mortificación corporal, pasa siete horas diarias de oración de rodillas, se azota tres veces su cuerpo, y antes tan presumido de su rubia cabellera, ahora vive despeinado, se deja crecer las uñas y el pelo. Hacia todo esto porque creía que agradaba a Dios.

Íñigo es tentado

Después de cuatro meses de una gran paz y serenidad de su espíritu, entra su alma en los más terribles combates de la Vida cristiana. El espíritu del mal le dice: "¿Quién resiste una vida semejante durante treinta años? Pero Íñigo le contesta: "¿Quién me asegura que voy a vivir treinta años?"

El alma de Íñigo está triste. Vive atormentado y le viene la tentación de lanzarse a un hondo precipicio que había en la cueva y le grita al Señor: "No, Señor, no haré cosa que te ofenda; socórreme, que no hallo ningún remedio en los hombres".

A mediados de octubre hay un cambio. La alegría, la paz y la consolación de Dios vuelven al corazón de Íñigo. Ahora dedica más tiempo a cuidar a los enfermos, enseña la doctrina a los niños y las limosnas que le daban sus amigos, las reparte entre los pobres y necesitados.

Íñigo tiene una gran experiencia de Dios

Un día que caminaba hacia la Iglesia de San Pablo, en Manresa, se quedó mirando al río Cardoner. Le fue concedida entonces una experiencia profunda de la presencia de Dios que le hizo exclamar: "¡Qué nueva vida es ésta que comienzo!"

"Vi Que el Señor estaba conmigo" y afirma haber visto con ojos interiores la HUMANIDAD de Cristo, muchas veces y por mucho tiempo.

Es el momento de la gran transformación de Íñigo. Ahora deja las penitencias corporales y las largas oraciones y siente la necesidad de entregar a los hombres a Cristo y Cristo a los hombres.

Los Ejercicios Espirituales



Íñigo anota en su cuaderno todos los sentimientos, consolaciones e iluminaciones que Dios le enviaba. Este cuaderno lo tenía muy guardado. Un tesoro para Íñigo. Vio Que estas notas podrían aprovechar espiritualmente a otros.

Las notas enseñan que por medio de la oración y ciertas meditaciones, el ejercitante podría conocer la voluntad de

Dios sobre sí y cómo cumplirlas perfectamente. No es un libro de lectura espiritual, son pautas donde el ejercitante tiene que trabajar en exámenes de conciencia, en meditaciones, en diálogos constantes con el Señor y Nuestra Señora.

Así el ejercitante tendrá la misma experiencia de Dios que Íñigo tuvo en Loyola y sobre todo en Manresa. Una experiencia espiritual que le llevará a la purificación de su alma y a la entrega al Misterio de Dios en Cristo, para más amarle y seguirle.

Porque así como el pasear, caminar y correr son ejercicios corporales, del mismo modo el preparar y disponer el alma para quitar todas las afecciones desordenadas y hallar la voluntad divina sobre uno mismo. A esto llama Ignacio, EJERCICIOS ESPIRITUALES.

El ejercitante contestará con sinceridad, qué he hecho por Cristo, qué debo hacer por Cristo. El que tiene la experiencia ignaciana, saldrá entusiasmado por querer hacer un reino de amor y de paz, bajo la bandera de Jesús.

¿Es posible tener una experiencia de Dios?

A través de la experiencia de los Ejercicios Espirituales Íñigo encontró a Jesús, de tal manera que se entregó plenamente a Él y a su causa. ¿Te has encontrado con Jesús? ¿Quieres encontrarte con Él? ¿Podrías dar testimonio de cómo ha sido tu manera de encontrarle? ¿O de no encontrarle todavía?

¿Querrías tener esta experiencia de Dios en la Ejercicios Espirituales ignacianos? Íñigo de Loyola nos enseña que el cristianismo no es solamente acción sino también experiencia. La relación directa e inmediata del hombre a Dios, es tan esencial y tan indispensable en nuestra fe como la acción y el compromiso.

Camino hacia Roma - Rumbo a Jerusalén

Íñigo abandona a Manresa. Era su cuna espiritual. De aquí sale transformado. Hasta entonces no conocía el destino de su vida. Ahora, después de la ilustración del Cardoner y de haber experimentado a Dios a través de los Ejercicios Espirituales, tiene clara conciencia de que su vocación en este mundo es la de servir a Dios con todas las fuerzas; no con penitencias corporales, sino en el apostolado activo, ayudando a las almas con todos los medios que la Iglesia le ofrece y Dios le inspirará en cada momento.

Doña Inés Pascual, su gran bienhechora fue la que le preparó el viaje a Barcelona y el hospedaje en esta ciudad. Aquí también le ayuda la viuda Isabel Roser, que después será la gran bienhechora que le mandará dinero a París para pagar los gastos suyos y de sus compañeros. Poco más de veinte días estuvo en la ciudad condal en espera de alguna nave que fuera a Italia.

Episodio para un caballero

Sale de Barcelona y llega al Golfo de Gaeta después de cinco días de navegación. En el primer día por tierras de Italia le sucedió a nuestro peregrino cierto episodio que parece sacado de un libro de caballerías.

De aquellos que venían en la nave, se le juntaron una madre con su hija y otro joven. Llegaron a una posada para pasar la noche y se encontraron con unos soldados que estaban cerca de un gran fuego, ya que hacía mucho frío.

A la madre y a la hija les dieron una habitación de arriba y a Íñigo y al joven abajo. A la media noche se oyeron gritos muy fuertes que venían de la habitación de arriba. Íñigo se levantó para ver qué era y halló a la madre y a la hija muy llorosas porque los soldados querían abusar de ellas.

Íñigo gritó a los soldados: ¿"Esto se ha de sufrir?" De ningún modo. Fuera de aquí todos. Al joven, que se llamaba Gabriel, también los soldados le insultaban queriéndole golpear. Enseguida Íñigo les dijo: Márchense de aquí; no temas, Gabriel, que Dios está con nosotros y en todo se nos mostrará propicio.

Enseguida vino el Comendador de San Juan con un guardia, cada uno con sus espadas, y pusieron en fuga a aquellos perversos soldados. No juzgaron prudente pernoctar en aquella posada, y se pusieron a andar bajo las sombras de la noche.

El 29 de marzo, Domingo de Ramos, entraba Íñigo por la Vía Appia de Roma. El Papa Adriano VI le autorizó para peregrinar a Tierra Santa y a mediados de abril, emprendía el camino a pie a Venecia.

Gracias al Dux Andrés Gritti, se le concedió gratis un pasaje en el mercante Negrona que zarpaba el 14 de julio hacia Tierra Santa.

Amenazan a Íñigo con arrojarle al mar

Íñigo vio que los oficiales y marinos de la Negrona llevaban una vida desordenada, de abusos sexuales de todo tipo.

Íñigo les dice: ¿"No ven ustedes que la vida que llevan no agrada a Dios?" Los hombres de mar le contestan: "Cállate, peregrino, nosotros hacemos lo que nos viene en gana". Íñigo insiste: "No solamente ofenden a Dios, sino que deshonran el nombre de sus familias".

Los corrompidos hombres de mar le arguyen con estas palabras: "Mire, si sigue hablando le arrojamos al mar o le dejamos en una isla desierta".

Jerusalén: Tierra de Jesús

Íñigo entraba en Jerusalén escoltado por soldados turcos y dos padres franciscanos, el día 4 de septiembre. Con profunda emoción y lágrimas en los ojos, Íñigo visita los diferentes Santos lugares: Belén, Jericó, el Jordán, Getsemaní, el Santo Sepulcro...

Se sentía feliz de poder tocar los sitios donde había vivido su Señor y Salvador Jesucristo. Aunque el deseo de Íñigo era quedarse en Jerusalén, el Padre Guardián Fray Ángelo de Ferrara

se opuso a ello; hubo sus discusiones pero al fin el Peregrino de Loyola cede ante el Guardián de los franciscanos.

Antes de salir de Jerusalén, sintió un gran deseo de volver a visitar el Monte Olivete, donde dicen que hay una piedra desde la que Nuestro Señor subió a los cielos. Sin decir nada al Guardián se escapó rumbo al Monte Olivete donde se conservan las huellas de las plantas de los pies, para ver en qué dirección estaban estas marcas.

Parece que los guardias le dejaron pasar, pues Íñigo les regaló un elegante cuchillo y después unas tijeras.

Íñigo: es golpeado y apresado

En el convento franciscano advirtieron que faltaba Íñigo y temiendo por su vida, el Padre Guardián mandó a un sirio cristiano que apresara a Íñigo.

El sirio al verlo lo golpeó con un bastón y lo ató con unas cadenas, dejándole la cara ensangrentada. Íñigo se consoló mucho con esto, de parecerse en algo a Cristo. El 3 de octubre emprendía el regreso por mar. El 14 de octubre de 1523 llegaba a Chipre y a mediados de enero llegaba hasta Venecia.

A Íñigo le toman por espía

El peregrino camina por diversas poblaciones italianas y después de salir de Ferrara se encuentra con la guerra entre españoles y franceses. Al atardecer llegó a una villa que estaba cercada por las tropas y los centinelas le apresan pensando que era un espía.

Empezaron a examinarle las ropas y a acosarle con preguntas. Íñigo responde que no sabía nada. Le desnudaron y hasta los zapatos le revisaron y todas las partes del cuerpo para ver si llevaba algún escrito secreto como espía.

El oficial le dice: "Usted es un espía, usted no es un peregrino; por los rasgos de su cara, usted es un espía del bando francés. Íñigo responde: "Yo soy un hombre de paz, no sé de qué guerras está usted hablando".

El oficial le replica: "Si usted no dice la verdad, le haré pasar por las tres principales calles de la villa, medio desnudo, para que la gente se ría de usted".

Íñigo le responde: "Yo no soy espía, no me han encontrado nada que confirme esa idea y no tiene derecho para que yo pase esa humillación, pero si me obligan a esto, quedaré contento de parecerme a Cristo que estuvo desnudo en su pasión".

El oficial exclama: "paséenle así medio-desnudo por las calles y después suéltlenlo, porque este caballero está loco".

El caminante

Íñigo recorre pueblos y ciudades a pie. Descansa junto a los ríos y los árboles. Duerme a veces a la intemperie bajo la luz de la luna y de las estrellas. Por tierra y por mar recorre a Europa y la Tierra Santa.

Es una vida dura la del caminante, no hay comodidades. La austeridad es la característica del peregrino. Pero Íñigo es feliz en medio de su pobreza voluntaria. Posee la verdadera libertad y tiene un corazón grande que abarca a todo el mundo.

Hoy, los medios de comunicación social te aturden con tanta propaganda: "para ser feliz tienes que tener esto o aquello", "para ser alguien hay que consumir esto o lo otro" y a veces jóvenes como tú, caen en la tentación de tener el criterio de "tanto tienes, tanto vales".

¿Estás de acuerdo con esta frase? Íñigo no posee nada, pero su corazón es rico porque está lleno de deseos de luchar por la verdad, por la justicia, por querer parecerse a Jesús. Sé caminante, no te detengas en el consumismo, en la flojera o en el vicio.

CAPÍTULO IV

EL ESTUDIANTE UNIVERSITARIO

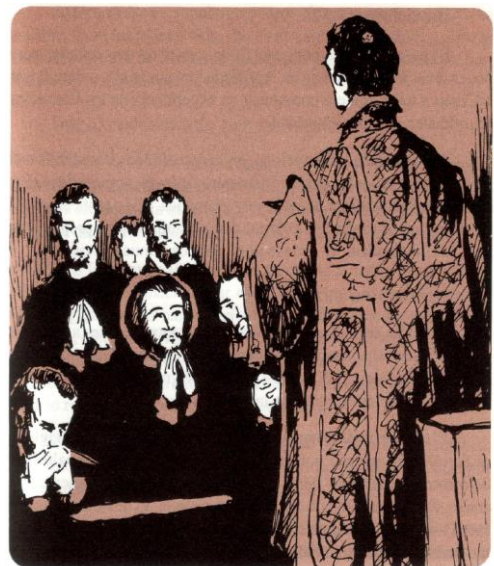
Barcelona, Alcalá y Salamanca, Paris

AMIGOS EN EL SEÑOR

Barcelona (1524- 1526)

El peregrino está convencido de que tiene que estudiar para poder tener más influencia en la sociedad en que vivía, quiere llevar a Cristo a todos, quiere comunicar su experiencia de los Ejercicios Espirituales con más autoridad.

Así se instala en Barcelona, en la casa de Inés Pascual. Isabel Roser le paga todos los gastos. El maestro Ardevol, hombre de mucha virtud, será su profesor de latín y de gramática. Íñigo tenía entonces 33 años, cuando comienza la carrera de sus estudios como preparación para la Universidad. Va a clase junto a niños y muchachos.



Recibe una paliza

También en Barcelona tuvo algunas contrariedades a causa de su apostolado. Un caballero, Rivera, enojado contra Ignacio porque éste trataba de alejar a él y a otra persona de graves peligros morales, mandó a un esclavo negro que matara a Íñigo.

El esclavo recibió una fuerte suma de dinero y cerca de la iglesia de San Daniel, agarró a golpes a Íñigo, le azotó con varas y palos y lo dejó medio-muerto en tierra. Pasaron por allí unos molineros, los cuales viendo que todavía daba señales de Vida, lo llevaron a casa de Inés Pascual y como dice el hijo de la bienhechora: "El santo estaba tan maltratado que mi madre lo lloraba como muerto".

Estuvo en cama después de aquella paliza 53 días, sin poderse mover y aunque sufrió mucho y fueron muy grandes sus dolores, nunca le oímos hablar contra el señor Rivera y pedía perdón para los autores del hecho.

Estudios de Artes y Filosofía en Alcalá y Salamanca

Acabados los dos años de estudio en Barcelona, en los cuales según Sus maestros, había aprovechado mucho, se trasladó a Alcalá de Henares para estudiar Artes o Filosofía. Íñigo a la vez que estudiaba, era un fogoso proselitista.

En torno a él se agrupaba un puñado de gente joven que escucha sus consejos e imitaba su vida. En los círculos eclesiásticos y universitarios se discutía al extraño penitente, que producía cambios profundos en la vida de los que trataba.

Íñigo: encarcelado por la Inquisición

Unos le veneraban como a santo y otros empezaban a sospechar si sería uno de aquellos fanáticos alumbrados que sembraban los más absurdos errores de la doctrina de la fe. Se le formó un juicio ante el Tribunal de la Inquisición y se le encerró 42 días en la cárcel.

Pero Íñigo era valiente, no tenía miedo a nadie, ni siquiera al Tribunal de la Inquisición. Por eso Íñigo le pregunta al Vicario de Alcalá: "¿Qué mal ha hallado en mí, después de tanto preguntarme?" – "Nada, contesta el Vicario; si algo de error se encontrara en usted, le castigara y aún le quemara en la hoguera". Íñigo le respondió: "También le quemarán a usted, si le hallaran en error o herejía". Y el Vicario respondió modestamente: "Así es".

Reconocida su inocencia, Íñigo pasó de Alcalá a Salamanca. Aquí también fue acusado, procesado y encarcelado por 22 días por el Tribunal de la Inquisición de Salamanca.

El peregrino tenía una palabra ardiente y contagiosa. La gente le seguía, especialmente los jóvenes querían hacer los ejercicios espirituales. Ese imán, esa atracción no gustaba a algunas personas, por eso se dirigió a París, montado en un burrito que llevaba sus libros y

cartapacios. Se detuvo tres meses con sus amigos de Barcelona y el 2 de febrero de 1528 llegaba a París.

Universidad de París (1528-1535). Licenciado en Filosofía

Contaba 37 años y su deseo seguía siendo el formarse sólidamente en la Universidad de la Sorbona para tener un prestigio en su apostolado. En los tiempos libres pedía dinero para sus compañeros y para sí.

El 14 de febrero de 1535 el Secretariado de la Facultad entrega el título en pergamino y con un sello de la Universidad al “Maestro Ignacio” de la diócesis de Pamplona. Con ello la Universidad le contaba entre sus profesores y le autorizaba a ocupar el puesto de profesor en cualquiera de los Colegios Universitarios de París o de toda Europa. En este tiempo Íñigo cambio de nombre por IGNACIO por devoción a San Ignacio de Antioquía o por latinizar su nombre.

Conquistas de Ignacio: Primeros Compañeros

La serena mirada de Ignacio, su porte digno, las continuas conversaciones, su vida sencilla y pobre, seducía de modo especial a jóvenes universitarios y profesores de las aulas parisinas.

No tardó en reunir en torno suyo un grupo de condiscípulos y aun de jóvenes profesores, deseosos de oír de sus labios aquella doctrina espiritual que no se explicaba en las cátedras de la Sorbona. El primero que conquistó fue al compañero de habitación en el Colegio de Santa Bárbara, el saboyano Pedro Fabro. Poco después ganó a Francisco Javier.

Ignacio y Javier

Francisco Javier, hijo de Juan de Jaso, último Consejero de los Reyes de Navarra y de Doña María de Azpilicueta, se encontraba en París, lleno de juventud y de ilusiones. Era la admiración de todos los universitarios, el mejor atleta en las competencias olímpicas de París y en las clases sobresalía por su talento privilegiado. Podía sin duda ninguna llegar a ocupar los puestos más altos en el Reino de Navarra.

Como Ignacio, también Javier había sentido los halagos de un porvenir feliz en el mundo, en la sociedad de entonces. Ignacio vio en él una magnífica personalidad de apóstol y no se desalentó por la resistencia que Javier oponía. Pero había un gran aprecio y amistad entre los dos.

Un día Ignacio le recuerda aquellas palabras del Evangelio: “¿De qué te sirve ganar todo el mundo, si pierdes tu alma?”. Javier piensa, reflexiona y se entrega totalmente a Cristo en las manos de Ignacio. Será uno de los fundadores de la Compañía de Jesús y más tarde el Apóstol de las Misiones.

Amigos en el Señor

Durante sus estudios, Ignacio había conseguido nuevos amigos que al igual que él, deseaban llevar una vida radicalmente apostólica, conforme al Evangelio.

Así, el 15 de agosto de 1534, festividad de la Asunción de la Virgen, aquel grupo de amigos, formado por Pedro Fabro, Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Diego Laínez, Nicolás Bobadilla, Simón Rodríguez y Alfonso Salmerón se reunieron en la capilla de los Mártires de Montmartre para pronunciar los votos de pobreza, castidad y de peregrinar a Tierra Santa y si esto no se pudiera conseguir, deseaban ponerse a disposición del Papa. Pedro Fabro, como sacerdote del grupo, recibió los votos religiosos de sus compañeros.

Terminada la misa, bajaron al pie del monte, se sentaron alrededor de una fuente y celebraron un frugal y fraternal banquete. No hubo más que pan y agua y unas pocas uvas del campo. Pero la alegría era tan grande que las horas se les pasaron sin sentir, planeando las hazañas que iban a hacer por Cristo. Eran en verdad, "AMIGOS EN EL SEÑOR".

Ignacio en un río helado

Ignacio luchó siempre por el bien y la unión de las familias y que todos los cristianos tuvieran buenas costumbres en su vida. Un día, en París, había un hombre que vivía con una mala mujer, era infiel a su esposo y daba mal ejemplo a sus hijos.

Ignacio le habló una y otra vez, pero el hombre no hacía caso. A este señor, una vez en que iba a la casa de esta mala mujer, Ignacio se le hizo el encontradizo. En lo más crudo del frío invierno se metió al río helado y se sumergió hasta el cuello.

Ignacio le dice: "Aquí estaré hasta que tú vuelvas a tu hogar". El señor le contesta: "Ignacio, sal de ahí, ¿no ves que te vas a morir congelado? Eso es horrible".

Ignacio le contesta: "Más horrible es que tú vivas como un mal cristiano y hagas llorar y entristecer a tu esposa e hijos".

El señor viendo el heroísmo y el amor de Ignacio hacia él y su familia, se volvió atrás y se apartó para siempre de esta mala compañía.

En el hospital de Azpeitia (1535)

Por consejo de los médicos y de sus compañeros, Ignacio volvió a su tierra natal para atender a su quebrantada salud. No quiso vivir en la Casa-Torre de Loyola con su familia, sino que se hospedó con los enfermos y pobres del hospital Santa Magdalena de Azpeitia.

Su primer cuidado fue enseñar el catecismo a los niños de la zona. Predicaba en la ermita de la Magdalena, la gente no cabía en ella y era necesario salir al aire libre. Muchos se subían en los tejados y a los árboles para oírle.

Ignacio expresaba sus conceptos con suma claridad y con un encanto persuasivo, todos parecían pendientes de sus labios. Cuando Ignacio veía entre sus oyentes a su hermano Martín con su esposa Doña Magdalena y alguno de sus hijos, las palabras se le volvían más encendidas, más vivas y luminosas, más penetrantes que nunca.

Hasta la gente más sencilla de Azpeitia le entendía con facilidad o adivinaba su pensamiento. Ignacio animaba a todos a seguir el camino del bien, y a alejarse de los vicios, como el de jurar y el de la fornicación, y hubo notable reforma en dicha villa. Así empezó Ignacio la reforma moral y la transformación espiritual de aquel pueblo azpeitiano, cuyas costumbres él mismo, con sus malos ejemplos juveniles, había contribuido a manchar.

Tanta estima y aprecio tuvo de todos sus paisanos que cuando iba a marchar a Venecia, lloraron mucho en su despedida, pues Ignacio no sólo predicaba y exhortaba al bien, sino que atendía a los pobres y curaba a los enfermos del hospital, remediaba escándalos de las personas que vivían en concubinato y de modo especial organizó la beneficencia pública.

Venecia (1535-1537)

Ignacio llega a Venecia a fines de 1535. Durante el año siguiente dio Ejercicios Espirituales en diversas ocasiones y conquista a Diego Hoces para formar parte de su grupo. Sus compañeros de París llegaron en enero de 1537. Ignacio y sus compañeros se ordenaron de sacerdotes en Venecia el 24 de junio de 1537. Pero como las naves no podían salir para Jerusalén, se dedicaron a atender a los pobres y a los enfermos.

“Digan que son de la Compañía de Jesús”

Estando cerca de Vicenza, preguntaban a los “iñiguistas” de París cómo se llamaba el grupo y entonces uno de los compañeros preguntó a Ignacio: “¿Qué diremos a quienes nos pregunten quiénes somos?”. “Digan – contestó Ignacio – que son de la Compañía de Jesús”. Este nombre no hizo sino bautizar aquella maravillosa fraternidad de “amigos en el Señor”, cuyo aglutinante era “Jesús”.

Somos Compañeros de Jesús

Muchas veces esta palabra Compañía se le ha tomado en término militar, con verdadera inexactitud histórica, falseando totalmente la idea de Ignacio. Ignacio no funda un batallón, un escuadrón o una tropa. Su gobierno es paternal. Su ley es la ley interna de la caridad y del amor.

Eran amigos en el Señor, compañeros unidos en el nombre de Jesús, compañeros entre sí y con Jesús. Somos compañeros de Jesús. Compañeros en Jesús es la traducción exacta del histórico nombre de la Compañía de Jesús.

Como seguían los problemas con los turcos y era imposible ir a Jerusalén, decidieron ir a Roma y ofrecerse al Papa como lo habían pensado en París.

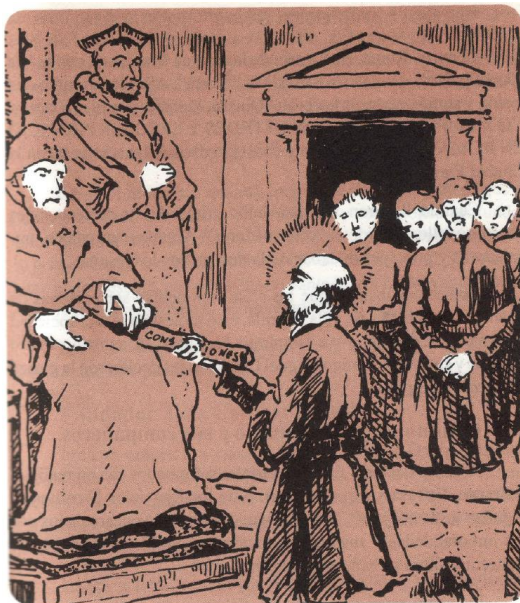
CAPÍTULO V

“LES SERÉ PROPICIO EN ROMA” (1537 – 1556)

Cerca de Roma, en el cruce de la antigua Vía Cassia con la Vía Claudia, había una iglesia llamada la “Storta”. Allí Ignacio tuvo una visión y sintió que Jesús le decía: “Quiero, Ignacio, que tú nos sirvas; YO SIEMPRE ESTARÉ CON USTEDES Y LES SERÉ PROPICIO EN ROMA”. Con este apoyo y consuelo dividido, Ignacio entra en la Ciudad Eterna.

Quando llegaron a Roma hubo frialdades y persecuciones contra aquellos sacerdotes “reformadores”. Algunos cardenales, embajadores y príncipes dudaban de la doctrina de los jesuitas.

Como hablaban de que los cristianos debían ser personas de buenas costumbres y de vida sencilla, esto molestó a la alta sociedad romana. El Cardenal Juan Domingo De Cupis, el agustino Pedro Castillo y su antiguo amigo Miguel Landívar, les declararon la guerra en plazas y púlpitos.



Calumnias contra Ignacio y sus compañeros

Algunos decían: “Estos sacerdotes reformados son en realidad luteranos disfrazados que por medio de los Ejercicios Espirituales engañan a sus adeptos”. “Estos iñiguistas han sido encarcelados por sus inmoralidades y sus errores doctrinales en Alcalá, Salamanca, Venecia y ahora se han refugiado en Roma”.

La gente empezó a retirarse del trato de Ignacio y sus compañeros. Ignacio, hombre que siempre atacaba los problemas de frente, fue a hablar directamente con el Cardenal De Cupis. Dos horas conversó con él. El Cardenal se rindió ante las razones de Ignacio y se echó a sus pies pidiéndole perdón. En adelante se mostró muy amigo y bienhechor del grupo ignaciano.

Terminada esta fase, pudieron dedicarse a sus trabajos sacerdotales, y a atender a los niños, a los enfermos y marginados de la sociedad.

El nuevo Papa Paulo III conversó con Ignacio y quedó impresionado por la grandeza moral del “reformador”. Y ante la proposición de Ignacio de querer ir a Jerusalén, el Papa le dijo: “¿Por qué quiere ir a Jerusalén? Buena y verdadera Jerusalén es Roma, si desea hacer fruto en la Iglesia de Dios”. Ignacio vio en esto la voluntad de Dios y se quedó definitivamente en Roma.

Primera misa de Ignacio

Llega el momento tan ardientemente deseado, para el que se había preparado por medio de oraciones y reflexiones profundas. Como no pudo decir la primera misa en Belén, que probablemente fue su primer deseo, escogió la noche de la Navidad del año 1538 y como altar, el pesebre, en la Basílica de Santa María La Mayor que desde la antigüedad recordaba el nacimiento del Salvador.

Fundador de la Compañía de Jesús

Ignacio empieza a esbozar el plan de una Orden Religiosa nueva, que no tuviese por objeto, como la mayoría de las órdenes monásticas y mendicantes, un fin particular de predicación o de penitencia, de oración litúrgica o de beneficencia, sino que alcanzase la actividad apostólica en todas sus formas:

- La enseñanza literaria y teológica; colegios y universidades.
- Las misiones difíciles entre fieles e infieles, considerando el mundo entero como un campo de acción
- Las obras de caridad, dedicadas a los grupos o personas marginadas de la sociedad: cárceles, hospitales, huérfanos, mujeres descarriadas, los judíos, los soldados, todas aquellas personas que eran rechazadas por la sociedad de entonces.

Este era el grandioso ideal en que había cuajado definitivamente la ambición desaforada de aquel Caballero de Loyola, hoy Caballero de este pequeño ejército del Rey Eterno.

Faltaba la aprobación del papa. De nuevo Ignacio tiene que presentar batalla ante el Cardenal Bartolomé Guidiccioni, pues por principio se oponía a la fundación de nuevas órdenes religiosas. Ignacio tiene audiencia con el Papa Paulo III.

El Papa designa al Maestro del Sacro Palacio, el dinámico Fray Tomás Badía para que examine y revise el documento fundacional. A los dos meses de estudio lo devuelve al Papa diciéndole: “No encuentro en el nuevo Instituto nada que no sea piadoso y santo”.

El Papa que apreciaba mucho a Ignacio y a sus compañeros, dijo la célebre frase: “AQUÍ ESTÁ EL DEDO DE DIOS”. El 27 de septiembre de 1540 aparecía aprobada la nueva fundación y así esta fecha señala el comienzo oficial de la Compañía de Jesús.

Las Constituciones

Ignacio trabajó en la elaboración de las Constituciones de la Compañía de Jesús durante su generalato, hasta el fin de su vida.

En 1547, con la elección del P. Juan Polanco para el cargo de Secretario de la Compañía, la redacción de las Constituciones empezó a caminar a grandes pasos.

¿Qué son las Constituciones?

No son meramente unas leyes, un código; son una experiencia ignaciana que se fundamenta en los Ejercicios Espirituales. Las Constituciones de la Compañía de Jesús buscan en todo lo que más conduce al fin del hombre: configurarse a la imagen de Jesús, pobre y humilde.

El jesuita se ha de santificar ejercitando el apostolado y el apostolado ha de tener su eficaz repercusión en su vida de unión con Dios, por medio de la oración y el contacto personal con Jesús.

La obediencia es considerada como factor de coherencia y eficacia por amor al Señor, virtud en la que San Ignacio querrá que se distingan sus hijos. Una idea fundamental en las Constituciones es la “misión”. El jesuita es hombre dispuesto para ir a cualquier parte del mundo a donde el Papa o el Superior lo destine.

El jesuita excluye la vida conventual, el uso del coro o de los largos rezos, las penitencias corporales... el jesuita tendrá su corazón siempre unido al Señor y esta disponibilidad para ir a cualquier parte del mundo que el apostolado o la “misión” lo exija.

El jesuita buscará siempre el mayor servicio de Dios y de los hombres, con el lema de Ignacio: **“A MAYOR GLORIA DE DIOS”, (A.M.D.G.)**, bajo la bandera de Jesús.

Lema juvenil: Buscar el mayor servicio a Dios y a los hombres

Los jóvenes que de alguna manera conocen a San Ignacio y le admiran tienen que seguir esta consigna ignaciana de juventud, buscar el mayor servicio a Dios y a los hombres a Mayor Gloria de Dios.

Íñigo, lo mismo que los auténticos jóvenes, no conocen la mediocridad y la vida superficial: ellos buscan lo difícil, la aventura de lo noble, abrir nuevos caminos, el espíritu de superación, el “magis” ignaciano, siempre “más”.

Ningún lugar está lejos para el joven que tiene voluntad y afán de coronar una cumbre. Ningún lugar está lejos para el que quiere entregar su vida y su amistad al bien de la humanidad.

Ningún lugar está lejos para el joven que siente que dar es mejor que recibir. Ningún lugar está lejos para el joven que ha entendido que lo mejor que puede hacer con su vida, no sólo es dar, sino darse. ¿Has pensado qué significa este “darse”? Hay causas nobles a las que puedes entregarte. Dios, la Patria y San Ignacio te lo piden. ¡Mira adelante!

Ignacio atrae y conquista

Ignacio, el peregrino, el caminante, queda en Roma, apresado por su misma obra. Rara vez saldrá de la Ciudad Eterna. Medio año después de la aprobación de la Compañía, Ignacio es elegido por unanimidad como Superior General de la Orden, que rápidamente se extiende, con aumento de personas y obras apostólicas.

La Compañía crecía de manera vertiginosa. De 12 que eran en 1540 pasarán a más de 900 jesuitas cuando en 1556 muere Ignacio. La verdad era que Ignacio, con sus palabras y obras convincentes, con sus Ejercicios Espirituales y la novedad del proyecto jesuítico atraía y conquistaba para el seguimiento de Jesús, y no sólo él, sino también sus “seducidos” iniciales: Fabro, Javier, Salmerón y el joven Estrada se transformaron en conquistadores.

Se les adhieren hombres maduros y jóvenes universitarios. Ignacio prefería candidatos activos e ingeniosos, no “mortecinos y quietos”, y pensaba que el que no era bueno para la vida civil o la vida del matrimonio, tampoco era bueno para la Compañía. Ignacio conquistaba, contagiaba, era antorcha que encendía otras antorchas.

Un caso especial fue el de Francisco de Borja, Virrey de Cataluña y Duque de Gandía. Sintió tan gran admiración por la Compañía de Jesús que pidió a San Ignacio su admisión, después que el 27 de marzo de 1546 muriera su esposa Leonor de Castro.

Fue tanta la resonancia que tuvo el caso de Borja que Ignacio llegó a decir que el mundo “no tenía oídos para aguantar semejante estampido”.

El Concilio de Trento también fue un medio de propaganda para la incipiente Compañía de Jesús a través de los grandes teólogos como Laínez, Salmerón y Jayo. Muchos obispos de Francia, Portugal, Italia y España abrían las puertas de sus diócesis a la familia de los hijos de Ignacio al conocer a estos jesuitas eximios en virtud y ciencia.

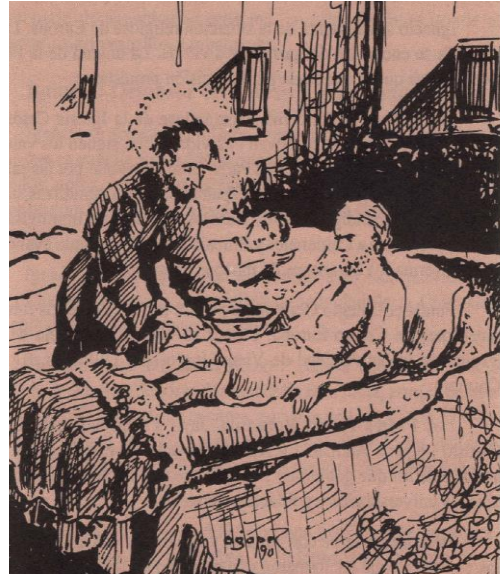
CAPÍTULO VI

IGNACIO: DEFENSOR DE LA FE Y DE LOS POBRES

Defensor de la Fe

Ignacio se da cuenta de la situación religiosa de Europa. La fe cristiana se encuentra desgarrada y dividida. La unidad de la Fe de toda Europa queda quebrada por la escisión protestante.

Lutero hace su Reforma, separándose de la Iglesia Católica. Ignacio y sus compañeros llevan una vida pobre, siguen los valores del Evangelio. Los “maestros de París” piden limosnas por las calles, vuelven a casa cargando sobre sus espaldas pan, leña, hortalizas, lavan los pies de los mendigos, acomodan a los enfermos en improvisadas camas, aconsejan a Cardenales y Embajadores. Su ejemplo evangélico transforma los corazones de muchos cristianos.



Funda el Colegio germánico para la formación de los futuros sacerdotes de Centro-Europa. Pronto se verá la influencia de los jesuitas en la Universidad de Viena, Inglostadt, Dillingen, Alcalá, Coimbra...

Los Padres Fabro, Bobadilla, Jayo y especialmente Pedro Canisio llegan a Alemania y Austria. Ignacio les manda ganarse la amistad de los que gobiernan y acreditarse con su ciencia y doctrina ante las universidades y poblaciones alemanas.

Defenderán la Fe con audacia y aguantarán las embestidas de los contrarios que les llamarán con el apodo de “papistas”. Ignacio tiene la clara idea de que dentro de la Iglesia el mejor aporte para la reforma era dar una nueva imagen dentro del clero y de la jerarquía eclesiástica.

Sabía que había clérigos que luchaban por conseguir altas posiciones dentro de la Iglesia, para poder tener prestigio y poder. Ignacio pondrá la norma de que los jesuitas no pretendan estas dignidades. Así se esforzó para ahuyentar el capelo cardenalicio de la cabeza del P. Laínez del P. Francisco de Borja.

Quería jesuitas disponibles, libres de ataduras de honores y por eso los jesuitas que andaban por Alemania, Austria, Irlanda... dieron un mensaje de autenticidad cristiana, en estas naciones donde el protestantismo avanzaba y prosperaba.

Defensor de los pobres y marginados

Ignacio se acerca a la miseria humana concreta y lucha por la gente que en aquella época era marginada por la sociedad. El caso fue el de los judíos. Los judíos habían sido expulsados de España, y en Roma no eran bien vistos. En esta sociedad existía el prurito de pureza de sangre.

Ignacio no tuvo dificultad en admitir a su lado personas de sangre judía. En España escandalizó la actividad de la Compañía naciente de no exigir limpieza de sangre.

El mismo Ignacio había dicho: “Habría tenido por desgracias señalada de Nuestro Señor el descender de raza judía, porque de esta manera, habría sido, según la carne, pariente de Cristo y de Nuestra Señora la Virgen María”. Luchó por los derechos de los judíos y consiguió del Papa Paulo III, una carta a favor de los judíos convertidos.

En los años 1535 al 1539 hubo una gran hambre en Roma. Muchos morían de frío y hambre, abandonados en la plaza de la ciudad. El Santo daba alimento, fuego y pan, albergue y cama en su pequeña residencia a unos 300 pobres.

Pero Ignacio más que atender momentáneamente a los pobres, prefería obras estables en favor de la gente necesitada. Un día estando con el P. Laínez y el P. Salmerón les dice: “En Roma hay muchos huérfanos como perritos sin collar, y nadie se compadece de ellos”.

El P. Laínez le dice: -“¿Qué podemos hacer por ellos?” El P. Ignacio le contesta: -“Hemos de conseguir en Santa María de Quiro una casa para estos huérfanos donde aprendan diversos oficios y reciban también la educación cristiana. Y así fue cómo los huérfanos de la ciudad tuvieron una casa y el calor humano del P. Ignacio.

La casa de Santa Marta: De mujeres arrepentidas

Ignacio, siguiendo el ejemplo de Jesús, que tuvo una predilección por los leprosos y por las personas despreciadas de la sociedad, como los pecadores y los publicanos, se interesó por rescatar a las pobres mujeres que se dedicaban a la prostitución. Eran mujeres explotadas y mantenidas por una sociedad hipócrita.

Ignacio le encargó al P. Codacio que tratara de comprar una casa para redimir a estas mujeres. El P. Codacio, gracias a unos bienhechores, consiguió cierta cantidad de dinero, pero no lo suficiente.

Codacio le habla al P. Ignacio: “Hemos conseguido dinero pero no lo suficiente para comprar la casa de Santa Marta; con algo más podríamos conseguirla”. El P. Ignacio le contesta: “Venda las losas que sacaron de la casa de la Scala y con eso tendremos 100 escudos más, con lo que podremos comprar la casa para esta obra”.

Allí muchas mujeres volvieron a la vida honesta y algunas de ellas pudieron tener una familia honrada y cristiana. También Ignacio se preocupó por las jóvenes en peligro y luchó por los derechos que ellas tenían de vivir una vida digna de personas humanas.

Para Ignacio era clara la frase de San Juan: “No puede amar a Dios quien no ama al hermano”. Luchó contra aquella sociedad cuyos ideales eran el dinero, el poder y el falso honor, donde el hermano pobre era despreciado y negado.

A través de los siglos la Compañía de Jesús luchará por la defensa de la dignidad de muchos hombres pisoteados en sus derechos fundamentales. San Pedro Claver, en Cartagena de Indias, será el esclavo de los esclavos. También construirá una sociedad de autogestión y autogobierno entre los indios de las Reducciones del Paraguay. Hoy día los jesuitas trabajan en el servicio de la Fe y en la promoción de la Justicia.

¡Jesús, el Cristo, está vivo y presente entre nosotros!

Para Ignacio su Señor Jesús estaba presente en el judío marginado de la sociedad, en la mujer humillada por los poderosos, en los niños abandonados de Roma; por eso los busca para restituirles a su dignidad de personas humanas.

Jesús, el Cristo, está vivo y presente en medio de nosotros, aquí y ahora... Joven, ¿cómo entiendes y vives esto? Yo sé que tú quieres una Fe que anuncie la verdad del Evangelio y denuncie con dureza toda maquinación de injusticia y opresión.

Joven, tú quieres una Fe que siembre conciencia de cambio y se entregue en la real transformación de esta sociedad. No te dejes engañar por los que quieren ahogar en ti tus actitudes de inconformismo y deseos de cambio.

Nueva actividad en la Iglesia: La Educación de la Juventud

Un asunto muy nuevo para aquel entonces fue la creación de los colegios, hasta entonces se puede decir que no había orden religiosa que se dedicara a la educación de la juventud.

Los dominicos y otras órdenes religiosas tenían cátedras en las universidades, pero únicamente enseñaban filosofía y teología. Que una orden religiosa se dedicara a abrir colegios con enseñanza de literatura, matemáticas, ciencias y música, era cosa que no se conocía hasta aquel momento.

Ignacio viendo que la juventud era el futuro de la nueva cristiandad que él soñaba y sabiendo los buenos resultados que estaban dando los colegios de Gandía y Messina, fundó el Colegio Romano, en que había de elaborarse el fundamento de una Reforma de la Iglesia, donde, un poco más tarde en íntima conexión con el Colegio Romano, florecería la Universidad Gregoriana.

Ignacio cree en la juventud

Ignacio quiere combatir la vaciedad del cristianismo circundante y por eso llama a la juventud, porque cree en la juventud, cree que los jóvenes no están contaminados por el ambiente romano, cree en la educación de la juventud.

Estos colegios serían instituciones en donde se llevaría a cabo la mejor renovación o reforma de muchos seglares y sacerdotes que con una buena preparación científica y teológica y con el espíritu ignaciano de los Ejercicios Espirituales, serían los defensores y promotores de la Fe y del Bien en todas las partes del mundo.

Se fundaron colegios en Colonia (1544), en Salamanca (1548), en Venecia (1550), Viena (1551), Lisboa (1553). En el Brasil: Piratininga, hoy Sao Paulo (1555), en la India, Goa (1543), etc. Ignacio abre estos colegios no sólo para estudiantes jesuitas, sino que están abiertos a todos los jóvenes de Europa, de Brasil y de la India.

En sus aulas se escuchan materias como astronomía, matemáticas, ciencias naturales y los profesores y los alumnos se dedican intensamente al estudio y a la evangelización.

Ignacio capta el signo de los tiempos, del renacer de la ciencia y de la cultura y le dará a la Compañía de Jesús esa impronta que le distingue en la historia por su amor y dedicación a la ciencia y a la cultura en bien de la humanidad.

La creación de los colegios fue lenta, no nació de una manera intuitiva y rápida, a manera de un relámpago en la mente de un sabio; fue más bien efecto de la experiencia con distintos maestros y múltiples colegas.

Cuanto más se contempla y observa ese carácter, o si se quiere, esa faceta de tipo educacional que transformó el alma de tantas naciones más se admira uno de4 la sabiduría de Ignacio.

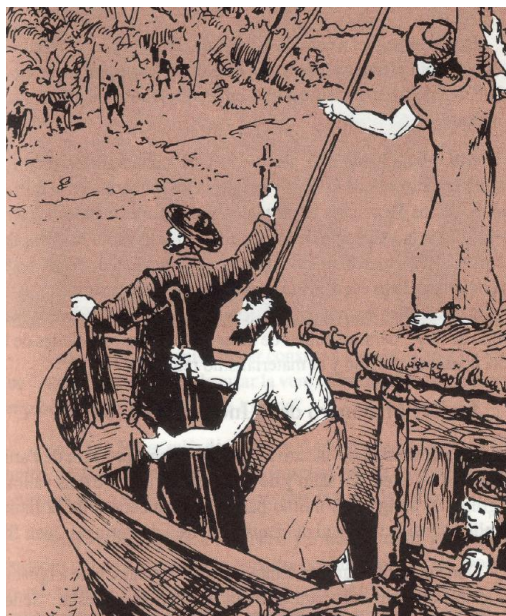
Y es que Ignacio abrió los ojos, aunque no desde la primera hora, a aquel principio de su apostolado universal: “Todo el bien de la cristiandad y todo el mundo depende de la buena institución de la juventud. Palabras que estampó en su hermosa carta al Rey Felipe II el 14 de febrero de 1556.

CAPÍTULO VII

ENVIADOS AL MUNDO DE AYER Y DE HOY

Desde la pequeña casa de la Estrada, Ignacio abarca a todo el mundo. Era un estratega que estaba en todos los campos apostólicos de la India, de Alemania, el gran Congo, de Etiopía, de Inglaterra y de México.

Allí donde había más necesidad y dificultad allí estaban los hijos de Ignacio, donde el Papa y la Iglesia los requería. De la misma esencia de los Ejercicios Espirituales y de la meditación del Rey Eternal nacía la exigencia de seguir a Cristo y llevar la bandera del Reino de Jesús a todo el mundo. Por eso la Compañía de Jesús desde sus comienzos tuvo esa dimensión de “misión”, de capacidad misionera, y actualmente también los jesuitas se sienten “Enviados al mundo de hoy”, para ser puntas de lanza en los campos difíciles de la lucha contra el ateísmo y el materialismo reinantes.



Javier: Misionero de la India y Japón

Ignacio escoge al Maestro Javier, al brillante profesor de París, al deportista y atleta del salto y la carrera, al hombre más valioso del grupo, al amigo más íntimo para ir a las misiones de la India, cumpliendo así la voluntad del Papa y del Rey de Portugal, Juan III.

Don Pedro Mascareñas, Embajador de Portugal, pide a Ignacio que le mande 6 jesuitas para la India. Ignacio le contesta: “Señor Embajador, ¿qué me deja usted para el resto del mundo, si usted me pide seis?”.

Varios compañeros habían enfermado y por eso Ignacio llama a Javier, que era su secretario y le dice: “Maestro Javier, ya sabe que por orden del Papa, han de ir dos de nosotros a la India y el Embajador no puede esperar más; usted es el elegido, ésta es su empresa”.

- “Pues sí, aquí estoy dispuesto” – respondió con firmeza el Maestro Javier. En Lisboa, el Rey Juan III le entregó el documento por el que el Papa le nombrara Nuncio Apostólico en el Oriente. El Monarca no pudo conseguir que aceptase como regalo más que un poco de ropa y algunos libros.

Tampoco Javier quiso llevar consigo a ningún criado, diciendo que “la mejor manera de alcanzar la verdadera dignidad era lavar los propios vestidos sin que nadie lo sepa”.

En 1541 Javier salía de Lisboa y al año siguiente llegaba a Goa, capital de la India portuguesa. El hospital fue su hospedería y los “leprosos sus mejores amigos”, escribía Javier a Ignacio.

Javier para instruir a los niños y a los leprosos, adaptaba las verdades del cristianismo a la música popular. Este método prosperó de tal manera que estas canciones compuestas por Javier, eran escuchadas en las calles, en las plazas, en los campos y en los talleres.

El 15 de enero de 1544, Javier escribía una carta que impresionó mucho en las universidades de Europa: “Muchas veces me entran ganas de gritar principalmente contra la de París y de ponerme a despotricar con todas mis fuerzas como loco y fuera de juicio. Dirigiría mi discurso contra los que se preocupan de saber mucho antes de hacer que la ciencia aproveche a los que tienen necesidad de ella”.

Las cartas de Javier impactaban a la juventud europea, porque nunca antes un profesor universitario como Javier, podía hablar con tanta autoridad de orientar a la juventud en términos de generosidad y entrega a las causas dobles de la fe.

Javier desde Goa marcha hacia las costas de Pesquería y de cabo Comorín. Se adapta plenamente al pueblo, come arroz, bebe agua de los ríos, duerme en el suelo de las pobres chozas de los parias.

Dios le concede maravillosas consolaciones. Con frecuencia exclama: “Señor, no me des tantos consuelos en la vida, pero si tu misericordia ha decidido dárme los, llévame todo entero a gozar plenamente de Ti”.

Al ver los sufrimientos de los nativos a mano de los portugueses decía: “Llevo una espina en el corazón constantemente, no tolero este dolor”.

En cierta ocasión fue raptado un esclavo indio y Javier encaró ante las autoridades portuguesas y les dijo: “¿Les gustaría a los portugueses que uno de los indios se llevase por la fuerza a un portugués al interior del país?”.

Pero el corazón impaciente de Javier no podía descansar en un lugar; era tanto su afán de llevar la luz de la Fe a todas partes, que deja a varios padres en la India y se marcha hacia las islas Molucas y a Málaga.

Javier: Nuncio del Papa y Embajador del Rey

Javier oye hablar de Japón a unos mercaderes portugueses y conoce personalmente a un japonés llamado Anjiro. El 15 de agosto de 1549 entra en el Japón.

Francisco Javier ve que la pobreza evangélica no produce el mismo efecto que en la India y por eso cambió de método. Javier se presenta ante el Gobernador de Yamaguchi vestido con

elegancia y escoltado por sus compañeros, como corresponde al Embajador de Portugal y al Nuncio del Papa.

El Santo navarro le entrega al Gobernador una caja de música, un reloj y unos anteojos. El Gobernador queda encantado con la persona de Javier y con los regalos y le da permiso de predicar y le cede un antiguo templo budista para que se aloje mientras permanezca en la ciudad.

Conseguida esa protección oficial, Javier predica con éxito y bautiza a muchas personas. Javier decía que: “no hay entre los infieles ningún pueblo tan bien dotado como el japonés”. Pero comprende que si antes no conquista la gran nación de la China, eximia en cultura, poco iba a avanzar la Fe de Jesús en estas islas del Japón.

Deja al P. Cosme de Torres encargado de la evangelización, pronto llegarían a ser en el Japón más de 2.000 los cristianos que serían la semilla de los mártires del futuro.

Había una gran amistad entre Ignacio y Javier. Por eso no nos puede extrañar la carta del misionero dirigida a Ignacio poco antes de la muerte de Javier. “Su última carta la leí con lágrimas y con lágrimas escribo esta carta acordándome del tiempo pasado, del mucho amor que siempre me tuvo y me tiene”.

Ambos se echaban de menos, ansiaban verse en vida pero Javier el 21 de noviembre de 1552 se vio atacado por una fiebre maligna y se refugió en el navío. El movimiento del mar le hizo daño de suerte que al día siguiente pidió que le llevaran a tierra.

Un compasivo comerciante le llevó a su pobre cabaña, allí estuvo recostado, consumido por la fiebre; el santo oraba constantemente. El 3 de diciembre de 1552 entregó su alma a su Creador y Señor con gran paz. Moría a los 46 años, cerca de la costa de China, en la desierta isla de Sanchón.

Jesuitas en Brasil y en África

Un mundo nuevo había nacido en las Indias Occidentales. Por eso el Padre Ignacio envía al P. Manuel de Nóbrega y a otros cinco jesuitas al Brasil. El 29 de marzo de 1549 llegan los primeros jesuitas a nuestro continente.

Hubo varias expediciones y en 1552 llega el joven jesuita José de Anchieta quien iba a ser el fundador de la ciudad de Sao Paulo en el Brasil.

También Ignacio tuvo interés en enviar jesuitas a México, ya que escribe al P. Francisco Estrada y al P. Miguel de Torres, el día 12 de enero de 1549: “A México envíen, si le parece, haciendo que sean pedidos, o sin serlo”.

Ignacio tenía preferencia por las misiones difíciles y por los sitios donde la luz de la Fe del Evangelio no había llegado. Etiopía y el Gran Congo, en el África, pasaban por situaciones muy difíciles y angustiosas.

Allí van los Padres Andrés de Oviedo y Melchor Carneiro, puestas las esperanzas en Dios y confiando en las oraciones del P. Ignacio.

¿Qué significa ser misionero hoy?

¿Te llama la atención la vida heroica de San Francisco Javier o de los misioneros de hoy? Al joven siempre le ha gustado la vida de riesgo y de aventura que supone la vida de los misioneros. Es una invitación que el Señor hace: “Si quieres, ven y sígueme...”

El ser misionero no significa únicamente ir a otros países, sino que es sobre todo una actitud interior. Salir de sí mismos para amar a todos los hombres, especialmente a aquellos que más nos necesitan, como lo hizo Jesús.

Ser misionero es estar dispuesto a anunciar la Buena Noticia, especialmente en las situaciones en las que el vacío espiritual o la injusticia y la pobreza degradan a los hijos de Dios, y denunciar los egoísmos personales y la insolidaridad colectiva que impiden la realización plena en Dios. Eres cristiano, luego tienes que ser de un modo u otro misionero.

CAPÍTULO IIIV

IGNACIO: CONOCEDOR PROFUNDO DEL HOMBRE

Ignacio poseía el don de conocer rápidamente y a fondo a toda persona con la que trataba. Intuía el momento o la circunstancia en la que se encontraba y por ello su palabra siempre era certera, orientadora y eficaz. Calmaba las conciencias angustiadas y afligidas.

Pensaba que el avance en la virtud estaba en el esfuerzo que cada uno ponía más que en el buen natural y la modestia exterior. Un día que el P. Cámara se quejaba del comportamiento de un hermano joven, el P. Ignacio le respondió: “Yo creo que éste ha hecho más provecho espiritual en estos seis meses que tal y tal juntos en un año”. Y mencionó a dos que eran muy tranquilos y pacíficos en su modo de ser.



Daba más importancia a las mortificaciones de las pasiones que al ejercicio de las penitencias corporales o al mismo ejercicio de la oración. A la persona que dominaba su orgullo, su egoísmo o su pereza y se mostraba sencillo, generoso con los demás o diligente en el trabajo decía: “Prefiero mortificación de afectos que no de oración”.

Un día un padre alababa mucho a otro, diciendo que era persona de gran oración e Ignacio enseguida añadió: “Y también de mucha mortificación”.

Ignacio decía: “No os engañen devociones aparentes de ninguno. Mirad más bien el interior de las personas que el exterior que aparece. No hagáis mucho fundamento en gemidos y suspiros que son exteriores; informaos de la interior abnegación de sí mismos”.

Cuando tenía que tratar un punto importante con alguno, le invitaba a su mesa. Eso especialmente lo hacía con los seglares. Tenía el don de conversación y dejaba hablar al invitado o al que se le acercaba. Tenía mucha paciencia en escuchar cosas inútiles, pero con eso conquistaba a la persona.

Cuando tenía que corregir a alguno y decirle algo que pudiera disgustarle, antes de hablarle, hacía como si orara ante Dios y entonces con paz le dirigía la palabra serena y bondadosa.

Hablar poco y tarde. Oír largo y con gusto.

Ignacio era un gran conocedor de las personas y de las diversas circunstancias en que se encontraban los jesuitas en las distintas naciones en que les tocaba vivir.

Cuando envía a Broet y Salmerón a la difícil misión de Irlanda les orienta de tal manera que podemos ver la gran habilidad psicológica del P. Ignacio. “Hablar poco y tarde. Oír largo y con gusto... Para tratar con los grandes mirar de qué condición sean y hacerse con ella. Tomar el modo de ellos, entrar con el otro para salir con lo nuestro, para meter en red en mayor servicio de Dios”.

El P. Cámara nos dice que el Padre Ignacio en el trato con los demás era siempre más propenso al amor que al rigor, y que era tan universalmente amado por todos, que no se conoce ninguno de la Compañía que no le tenga grandísimo amor y que no juzgue ser muy amado por el Padre.

Disposición cristiana ante los errores de los demás

Tal vez una de las frases más sabias y más evangélicas de Ignacio sobre nuestra disposición hacia los errores o faltas de los demás la encontramos en sus cartas: “Se ha de presuponer que todo buen cristiano ha de ser más pronto a salvar la proposición del prójimo que a condenarla; y si no la puede salvar, pregunte cómo la entiende y si mal la entiende,

corríjale con amor y si no basta, busque todos los medios convenientes para que bien entendiéndola, se salve”.

Ignacio, cuando trataba un asunto o algún problema trataba de tener toda la información posible. Consultaba con otros y hacía oración sobre aquello de que se trataba y tomaba la decisión.

Era constante en mantener la decisión, hasta tal punto que era proverbial aquella frase de sus compañeros de Roma: “Ya ha fijado el clavo”.

Hemos de usar tanto de los medios humanos como de los divinos

Ignacio en la vida apostólica se valía de todos los recursos humanos posibles y al mismo tiempo ponía toda la confianza en Dios. Se ha discutido sobre este principio ignaciano. Veamos cómo uno de sus compañeros nos lo cuenta.

Se cree que esta frase de Ignacio la dijo después que visitara al Embajador de España en Roma. El Embajador le recibió muy fríamente porque la Compañía se valía poco de sus buenos servicios.

Parece que Ignacio le dijo al Embajador que hacía treinta años que el Señor le había dado a conocer que en las cosas de su santo servicio debía usar todos los medios honestos posibles pero después tener confianza en Dios y no en los medios, y que si entre ellos quería ser uno su Señoría, que la Compañía le abrazaba como tal, pero de tal manera que supiese que la esperanza de la Compañía no estribaba en el medio sino en Dios.

Ignacio: Su adhesión a la Iglesia y al Papa

El amor a Cristo le lleva a Ignacio a una entrega total a la Santa Madre Iglesia jerárquica, bajo la autoridad del Papa. Ante la ruptura de la unidad de la cristiandad de Europa del siglo XVI, Ignacio presenta una nueva imagen de “sacerdotes reformados” y una sincera adhesión a la Iglesia y al Vicario de Cristo en la Tierra, como característica propia de la Compañía.

El Maestro Ignacio había gozado de la estima de los Papas Paulo III y Julio III y fue grande su alegría cuando su amigo el Cardenal Cervini fue elegido como Papa con el nombre de Marcelo II. Su elección se anunciaba como prometedora para la reforma de la Iglesia.

El Papa Marcelo II le abrazó con todo afecto al Padre Ignacio, le prometió ayuda económica para el Colegio Romano y le dijo: “Tú recoge soldados y prepáralos para el combate que yo los utilizaré”.

Unos años antes el médico le había dicho que para mejorar la salud alejase de sí toda tristeza y le preguntó a Ignacio: “Padre Ignacio, ¿qué asunto le causaría a usted melancolía?”.

Ignacio le contestó: “Lo único que me daría melancolía es que el Papa deshiciera la Compañía. Pero yo pienso que si me recogiese en oración durante un cuarto de hora, quedaría tan alegre como antes”.

A los 23 días de ser electo, muere Marcelo II el 1º de mayo de 1555. Ignacio dice a los suyos que oren para que “siendo igual servicio de Dios no saliese electo Papa quien pudiese cambiar algunos puntos importantes de las Constituciones de la Compañía”.

El Cardenal Juan Pedro Carafa: Paulo IV

El 23 de mayo de 1555 es elegido el Cardenal Juan Pedro Carafa como Papa, con el nombre de Paulo IV. La noticia desagradó a Ignacio y al comienzo no pudo dominar la expresión de tristeza. El P. Cámara dice que se le alteró notablemente el semblante y se le estremecieron los huesos del cuerpo.

Enseguida se fue a la capilla a orar. Minutos después salió sereno y tranquilo. Su primera reacción de temor y de rechazo ante la elección del Cardenal Carafa, como papa, fue normal. Ya que Carafa era el que quería que en la Compañía hubiera coro de rezos. Por eso el dicho de “Loyola teme Teatino”.

Este Papa quería que la Compañía se fundiese con la Orden de los Teatinos, de la que era Cofundador. Nunca apoyó a Ignacio en la creación del Colegio Germánico ni en la Casa de Santa Marta. Ignacio teme la amenaza que le puede venir no a él sino a su obra, al “camino” que Dios le había inspirado. Es la tensión entre la voz de la autoridad y la fuerza de la voz de Dios. Es la lucha entre la institución y el carisma.

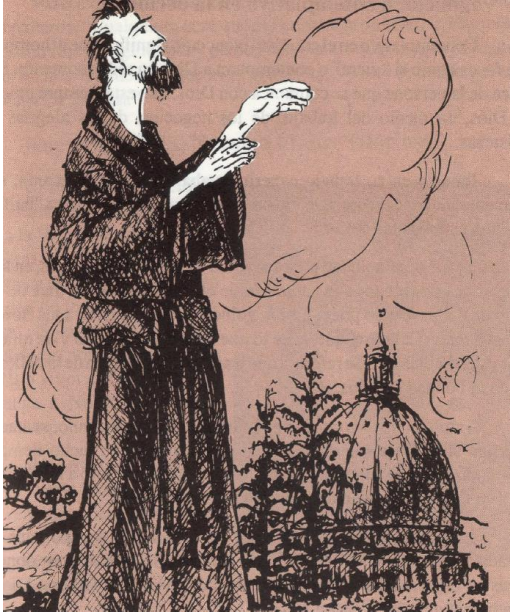
El maestro Ignacio vivió el “sentir” de la Iglesia de una manera tensa, con paciencia y se entregó a la voluntad de Dios con fe y esperanza. Siempre fiel a la Iglesia.

El Santo, conocedor profundo del hombre, al final de su vida nos da el ejemplo de su gran santidad y de su serena actitud humana. El mismo solía decir: “En la desolación no hacer mudanza, es decir, no hacer cambios”.

El Santo usó de su tacto y sobre todo de su santidad y unión con Dios para seguir fiel a la Iglesia, con el Papa que no le fue afecto. De tal modo que Ignacio al sentirse muy acabado, la víspera de su muerte pidió la bendición al Papa Paulo IV.

CAPÍTULO IX

IGNACIO: CONTEMPLATIVO EN LA ACCIÓN



Contemplativo en el contexto ignaciano significa que el hombre de fe, es como si “viera” o contemplara a Dios en todo momento. Se dice de la persona que se comunica con Dios, que está siempre unido a Dios, en medio del trabajo, de los negocios, de las alegrías y tristezas.

Ignacio en su trabajo experimentaba a Dios, su cercanía, su inmediatez. El ideal que Ignacio proponía a sus seguidores era “hallas a Dios en todas las cosas”.

Tenía gran facilidad para encontrar a Dios en sus trabajos, en las reuniones y sobre todo la naturaleza le elevaba a Dios. Se dice de él que un día paseando por el jardín, golpeaba con el bastón a las flores y les decía: “Cállense, que ya sé lo que me están diciendo y de quién me están hablando”. Se refería a que las flores le hablaban de la belleza y bondad de Dios.

También nos narran que el Padre Ignacio, ya anciano, sentado en una silla, pues sus fuerzas eran pocas, quedaba mucho tiempo mirando al cielo y emocionado derramaba lágrimas “hilo a hilo”. Así era su fina sensibilidad ante la obra de la naturaleza.

Ignacio siempre dedicaba por la mañana un tiempo para la oración personal, en la que sentía la cercanía del Señor. Pero donde más se emocionaba y se comunicaba con más facilidad con Dios-Padre era durante la Santa Misa.

Celebraba la misa con tanta devoción que de sus ojos brotaban abundantes lágrimas. De tal manera que esto perjudicaba a su salud y a veces se veía obligado a renunciar a decir misa, porque se enfermaba. El médico, el Dr. Petroni, le mandó varias veces que no la dijera.

Ignacio era un hombre de sentimientos tiernos, un gran místico, que poseía altos grados de unión con Dios. Ignacio desde Manresa, experimentaba directamente a Dios sin ningún esfuerzo.

“Parece que ve a Dios con los ojos”. Así lo describe uno de sus compañeros. “Cualquiera cosa que el Padre haga de Dios, la hace con un admirable recogimiento y parece claramente que no sólo imagina tener a Dios delante sino que lo ve con los ojos y esto se puede ver en el bendecir la mesa”.

Nuestra Señora, Nuestra Madre Gloriosa

El peregrino Ignacio en su caminar buscó siempre honrar a la Virgen María de Olatz, Aránzazu, Monserrat, Viladordis y después en Roma a la Virgen de la Estrada. Para Ignacio, Nuestra Señora era su medianera por excelencia ante el Hijo y por el Hijo al Padre. “Ruega a Nuestra Señora le quisiere poner con su Hijo”.

Recurría tanto a Ella que en su Diario Espiritual con toda sencillez dice Ignacio que hasta pareciera que le pone en vergüenza a Nuestra Señora de tanto rogar por él.

Es interesante recordar el detalle tan tierno y delicado que el Santo pone en la contemplación de la primera aparición de Jesús resucitado: “Se apareció la Virgen María. Esto, aunque no se diga en la Escritura, se da por supuesto al decir que se le apareció a tantos otros, porque la Escritura supone que tenemos entendimiento...”.

Buscar a Cristo en cada situación

El Padre Ignacio en su vida, en la redacción de las Constituciones, en el destino de los jesuitas, en los diversos problemas que le afectaron en Roma, usaba el discernimiento espiritual.

Este discernimiento según Ignacio está en elegir entre varias posibilidades el mejor servicio a Dios y a los hombres; es la búsqueda de lo que Dios quiere “aquí hoy”.

Para ello se ponía en contacto con Dios en la oración, consultaba a sus hermanos y trataba de ver cuál era la voluntad del Señor.

Es la clave de los Ejercicios Espirituales: buscar a Cristo en cada situación. Es el espíritu ignaciano del compromiso de la realidad que nace de la contemplación de la Encarnación del Hijo de Dios.

“Ver la redondez de la tierra, en tanta diversidad, unos negros y otros blancos, unos en paz y otros en guerra, unos sanos y otros enfermos... Ver cómo las Tres Personas Divinas determinan que la Segunda Persona se haga hombre para salvar al género humano”.

Esta “Encarnación de Jesús”, este hacerse hombre, este tomar nuestra condición humana hace que Ignacio fuera un hombre universal y aceptara a cualquier hombre de cualquier raza, como la imagen real de Dios.

En nuestro “Creador y Señor”, Ignacio ve inseparablemente unido al Jesús histórico y al Jesús de la fe, en la Eucaristía o en el hermano asiático, americano o africano. Los jesuitas han sido hombres de su tiempo, de cada tiempo y han luchado por conseguir para la fe de Jesús a todo hombre de sus culturas y de sus costumbres.

En este espíritu de “encarnación”, en esta inculturación, es decir, en esta inserción del mensaje cristiano en una cultura dada, vemos a muchos seguidores de Ignacio en la vanguardia

de la evangelización como por ejemplo, al Padre Roberto de Nobili entre los brahmanes de la India y al Padre Mateo Ricci, en la China.

El heroísmo espiritual se traduce en la intensidad de los actos. Quería Ignacio que los suyos se señalasen entre los héroes. Señalarse, palabra favorita del Santo, que significa distinguirse, sobresalir. “No consintáis que os hagan ventaja los hijos de este mundo en buscar con más solicitud y diligencia las cosas temporales que vosotros las eternas”.

También Ignacio tiene esta frase referente al camino de la santidad: “No seáis, por amor de Dios, remisos ni tibios... Vale más un acto intenso que mil remisos”.

De él dice Polanco que el Santo era muy animoso para emprender cosas arduas y difíciles. Y el P. Nadal afirma: “Comenzó con ánimo de hacer en todo lo mejor, quiere decir que aspiró desde su conversión, a hacer siempre lo más perfecto, lo más conducente a la mayor gloria de Dios”.

Desde Manresa a Roma fue toda su vida una llamada de deseos ardientes, deseos de amor a Dios y al prójimo. Era un hombre de grandes ideales y de grandes deseos, y según nos dice el P. Ribadeneira: “decía nuestro Padre, que si la perfección estuviese en tener buenos deseos, que no diera la ventaja en ella a hombre que viviese sobre la tierra”.

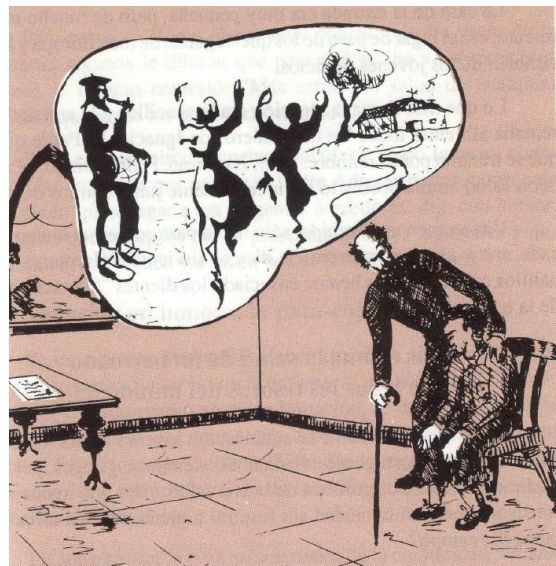
CAPÍTULO X

IGNACIO: SU PARTE HUMANA

La casa de la Estrada era muy pequeña, pero de mucho movimiento; era el lugar de paso de los que llegaban de toda Europa y lugar también de los jóvenes novicios.

Lo que más llama la atención era la sencillez y la amistad que reinaba allí entre todos los compañeros de Ignacio. El Padre quería que se trataran por su nombre: Juan, Jerónimo, Pedro, Diego... Por su débil salud comía poco y lo hacía lentamente junto con los demás.

Una vez, en una comida, sólo había para comer un huevo para cada uno y alguien en broma



le dice al sirviente: “Hermano, ¿trae palillos cuando no nos hemos ensuciado los dientes?”. Ignacio se rio de la buena ocurrencia.

“Más estima la salud de un hermano que todos los tesoros del mundo”

Vivían fraternalmente en aquella casa jóvenes franceses, españoles, italianos, portugueses, flamencos, alemanes, griegos, hebreos y dálmatas. No todos gozaban de buena salud. ¿Por qué mantenerse constantemente en la ciudad sin respirar a pleno pulmón aires más sanos del campo?

Eran muchos de ellos jóvenes venidos de diversos climas, acostumbrados a diferentes comidas, eran muchos los que se enfermaban con fuertes fiebres, indisposiciones y achaques.

Ignacio, que cuidaba mucho la salud de sus hijos, consultó al Doctor Petroni, que era uno de los médicos más importantes de Roma sobre la salubridad de la viña de Santa Balbina que se encontraba en el Aventino, más arriba de las termas de Caracalla.

Apenas el médico le aseguró de la bondad del clima, a pesar de que atravesaban serias dificultades económicas, se firmó el contrato de compra que costó a Ignacio 300 ducados de oro. Levantó allí una casa de tres pisos, sencilla y modesta, pero apta para que en ella buscaran reposo los enfermizos y convalecientes. El mismo instaló en ella juegos del “Tejo” y de las “Tres en Raya”.

Pero como en Roma vivían muy pobres, faltos a veces de lo necesario, algunos le dijeron que para qué se iba a comprar esos terrenos, e Ignacio contestó: “Más estimo la salud de cualquier hermano, que todos los tesoros del mundo”.

Sería en estas circunstancias apuradas cuando Ignacio, conociendo las angustias que pasaba el Padre Administrador, porque no tenía dinero para pagar a los exigentes acreedores, dijo con humor: “me temo que cualquier día se presentan aquí los alguaciles y nos encierran al P. Polanco y a mí en la cárcel de Tor de Nona”.

Vacación en honor a la pata-coja

Se cuenta, que Pedro Ribadeneira, uno de los novicios más jóvenes, se puso a imitar la cojera de Ignacio, a sus espaldas. Ignacio se volvió y le sorprendió en plena imitación, se le acercó y le dijo: “¿Ahora qué es lo que tengo que hacer contigo? ¿Te daré una sanción?” Ribadeneira le contesta: “Sí, un día de vacaciones para todos”. Desde ese día se mantendría el día de vacación en honor a la pata-coja del herido en Pamplona.

La amistad será la nota característica de la comunidad romana. Era un compañero más y... no lo era. Era el padre de todos y el hermano de todos. Era capaz de dejar la cama de enfermo para visitar al P. Simón Rodríguez que estaba más enfermo que él.

Sus compañeros e “hijos” le demostraban pequeños gestos de amor, especialmente cuando estaba enfermo. Por eso, a veces, venía el P. Andrés de Frusio del Colegio Germánico para tocarle el clavecín, pues al Padre le gustaba mucho la música y con esto se aliviaba su salud.

También como compensación humana y sencilla la “fiesta que a veces le hacíamos era darle cuatro castañas asadas, que por ser fruta de su tierra vasca, le gustaba mucho”. Tenía especial cuidado con los enfermos, y no reparaba en gastos. Vendió unos platos de estaño para comprar las medicinas de los enfermos. Y estaba preparado para vender los vasos sagrados, si fuera necesario para salvar a un enfermo.

Un novicio de rica familia romana, no soportaba construir, a la vista de todos, una pared que daba a la calle. Ignacio le dice: “No es este tu trabajo; tú tienes otro trabajo más importante dentro de la casa”.

Ignacio cura a un amigo, enfermo de melancolía

Se sabe que un día en París, estando enfermo un discípulo espiritual suyo, le fue a visitar. Estaba muy triste por la enfermedad. “¿Qué es lo que puedo hacer por ti?”, le dice Ignacio. “Ya nada, esto no tiene remedio” – le contesta el enfermo, que era vasco.

“Si algo hay en que te pueda ayudar, aquí estoy”. El enfermo animado por la repetida petición, le contesta: “Una cosa le pido, si usted cantare y bailare como se hace en Vizcaya, esto creo que me daría mucho contento y alegría”. – “¿de esto recibirías mucha alegría?” – “Grandísima” – le contestó el enfermo.

El padre Ignacio que tenía buena voz, empezó a cantar y bailó un zortziko vasco, pero el Santo enseguida de terminado, le dijo al enfermo: “Mira, que no me pidas otra vez, pues no lo haría”.

Fue tanta la alegría que recibió el enfermo, que a los pocos días quedó curado y libre de toda tristeza y melancolía.

Su correspondencia: las cartas

Podemos conocer esta faceta humana de Ignacio en sus 7.000 cartas. Se sabe que ponía mucho cuidado al escribirlas, sobre todo cuando trataba asuntos graves. Quería que sus hermanos escribieran dos cartas, una principal con las noticias que se podían comunicar a otros, y otra llamada “hijuela” sobre puntos personales o asuntos de reserva.

En sus cartas, como en la Autobiografía y el Diario espiritual, podemos conocer mejor la imagen personal del Santo, sus consejos, su doctrina espiritual y su modo de gobierno.

Muere el Santo: 31 de julio de 1556

La salud del Maestro Ignacio preocupa a la comunidad jesuítica de Roma. Le quitan algunos trabajos, le filtran algunas noticias. Casi todo el año 1555 lo pasa muy enfermo.

El médico le da una dieta especial para sus comidas; le acosan las deudas y el miedo a que el nuevo Papa Carafa, Pulo IV, cambiara algunos puntos fundamentales de las Constituciones, los dolores de la calculosis biliar, todo esto hace que se le vea muy enfermo y cansado.

Su misión está concluída. Ignacio, como buen Caballero, no tiene miedo a la muerte; la deseaba “para ir a la Patria Celestial y ver y glorificar a su Creador y Señor”.

Los primeros meses del año 1556 estuvo en cama muy enfermo. Al principio del mes de junio parecía que mejoraba. El P. Diego de Eguía decía que el Santo vivía de milagro. Le llevan a la casa de la Viña para que se aliviara su salud, pero no mejoró y tuvo que regresar a su casa de Roma.

El día 30 de julio, a las tres de la tarde le llamó a su fiel secretario, el P. Polanco y le dice: “Maestro Polanco, ya llega la hora de mi partida de este mundo. Vaya a su Santidad y pídale la bendición para que me vaya más confiado y consolado y dígame al Papa que no me olvidaré de rogar por su Santidad, cuando estuviere en el cielo”.

“¿Tan mal se siente?” – le pregunta el P. Polanco. “Yo estoy que no me falta sino expirar” – dice el Santo.

Polanco le anima diciéndole: “¿No será mejor mañana?” Ignacio con mucha paz le replica: “A mí me gustaría hoy, más que mañana, pero haga lo que a usted mejor le parezca”.

El P. Polanco consulta con el Dr. Petroni y el médico no le ve tan mal y dejó este encargo para el día siguiente. El Padre Ignacio Padres Polanco y Madrid. Para velar por la noche quedó el Hno. Tomás Canizzari, el Enfermero, cerca de la habitación.

Por la noche el hermano oyó que el enfermo repetía de cuando en cuando: “Ay, Dios mío, Dios mío”. Al amanecer llegaron los otros padres y vieron que el Padre respiraba con dificultad. El P. Polanco corrió a San Pedro. El Papa lo recibió y le dio la bendición y todo “cuanto podía darle amorosamente”.

Pero cuando llegó el P. Polanco, el P. Ignacio había muerto tranquilamente, “sin dificultad”. Era el 31 de julio de 1556, un poco antes de las siete de la mañana.

Había muerto el Caballero.

Había muerto el Peregrino.

Había muerto el Santo.

CONCLUSIÓN

Ignacio ha muerto, pero su espíritu vive, su proyecto sigue, sus huellas están presentes. Ignacio ha concluido su camino, pero nos deja una estela, un contagio...

Joven, sigue la esencia ignaciana de los Ejercicios Espirituales: “Buscar a Cristo en cada situación y en cada momento”, buscar el mejor servicio a Dios y a los hombres, ansiar la búsqueda de lo que quiere Dios “aquí y hoy”, de nosotros.

Recita la oración compuesta por San Ignacio, donde vemos su alma de amor sin límites al Señor:

“Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y poseer. Vos me lo disteis, a Vos, Señor, lo torno. Todo es vuestro: Disponed a toda vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y gracias, que esto me basta”.

Sigue la espiritualidad ignaciana que se basa en la mística del servicio a Dios. Mística de servicio a Cristo, muy propio del Caballero de Cristo que siempre fue Ignacio.

Ignacio usa muchas veces las palabras amar y amor, pero procura quitarle toda reminiscencia sentimental. Porque sabía cuánto abusaban los hombres de estas palabras de amar y amor, vaciándolas de realidad y llenándolas de ilusión y sentimentalismo falso, prefirió atenerse a lo auténticamente amoroso, que son las obras.

Ignacio advierte en la contemplación para alcanzar amor: “El amor se debe poner más en las obras que en las palabras”. Por eso, en sus escritos junto a la palabra amar aparece la palabra servir, como para recordar que el verdadero amor se encuentra en la generosidad, en la entrega, en la donación de sí mismo.

Tú, que odias la mediocridad y aspiras alcanzar la excelencia humana y cristiana en tu vida, sigue el lema ignaciano “En todo amar y servir”. Es todo un reto.